

PARTE SEGUNDA

HISTORIA COLONIAL DE NICARAGUA

CAPÍTULO I

Origen de los descubrimientos americanos

Sube al trono de Portugal don Juan el Bastardo—Situación del Reino—Las relaciones de Marco Polo deslumbran á la Corte de Lisboa—Las luchas despiertan el espíritu aventurero de los portugueses—Expedición á Berbería—Reconocimiento de la costa occidental de Africa—Descubrimiento del cabo Bojador—Aparecimiento del Príncipe don Enrique el Navegante—Los portugueses descubren Porto Santo, Madeira y el Continente africano—Temores de los conquistadores—El Papa concede la propiedad de las tierras descubiertas—Muerte de don Enrique—Don Juan II logra despertar de nuevo el entusiasmo de los portugueses—Éstos descubren los reinos de Benín y de Congo—Establecimiento de colonias portuguesas—Se rectifican algunos errores geográficos—Es buscado el camino para las Indias Orientales—Bartolomé descubre el cabo de Buena Esperanza—Cristóbal Colón descubre el Nuevo Mundo.

En el año de 1385, subió al trono de Portugal don Juan I, apellidado el Bastardo.

Cuando se verificó la exaltación de don Juan, el pequeño reino lusitano se hallaba al abrigo de los litigios sostenidos en el resto de la Península por los árabes posesionados de Granada, y los españoles deseosos de arrojarlos; pero á pesar de esta favorable circunstancia, Portugal no podía ensancharse por tierra, en razón de que se lo impedía el mayor poder de Castilla.

No quedaba á los portugueses otro camino de engrandecimiento que el de las expediciones marítimas á las que se manifestaban propensos desde el siglo anterior, en que la Corte de Lisboa se deslumbró con las fantásticas relaciones del veneciano Marco Polo, acerca de un supuesto reino gobernado por el Preste Juan, que unos colocaban en el confín de Asia y otros en Africa.

Las luchas que los portugueses habían tenido que sostener en distintas épocas, exaltó en ellos ese espíritu militar y aventurero que distinguía á todas las naciones de Europa en la Edad Media, y produjo hombres activos y audaces, propios para grandes empresas.

Con ánimo de dar un alimento á la actividad de sus súbditos, don Juan I, que no consideraba muy segura su autoridad, dispuso una expedición contra los moros establecidos en la costa de Berbería, á cuyo fin equipó en Lisboa una armada considerable, compuesta de todos los buques que pudo allegar en su reino y de otros muchos que compró á las naciones extranjeras.

Mientras se terminaban los grandes preparativos de la expedición, dispuso el Monarca portugués, destacar algunos buques con encargo de navegar á lo largo de la costa occidental de Africa, bañada por el océano Atlántico, y descubrir los países ignotos que en esta costa se suponían situados.

Aunque muy imperfecto, en aquella época, el arte de navegar, el estudio de la geometría, la astronomía y la geografía, que habían sido importadas á España y Portugal por los moros y judíos, auxilió bastante á los expedicionarios, que lograron no sólo doblar el cabo Nun, barrera entonces formidable, sino también avanzar ciento setenta millas más allá hasta descubrir el cabo Bojador, de donde regresaron satisfechos y orgullosos sorprendiendo al mundo con sus relaciones.

Tanto el resultado de la expedición á Bojador como el brillante éxito obtenido en la empresa contra los moros de Berbería, levantaron el espíritu emprendedor de los portugueses y los alentaron á nuevas tentativas.

El Príncipe don Enrique IV, hijo del rey don Juan, notable por su inteligencia, su erudición y su valor, fué uno de los que con más entusiasmo acogió la idea de hacer descubrimientos. Se retiró de la Corte y consagró desde esa fecha, su poder, sus influencias y su actividad al logro de sus propósitos.

En 1418 fué descubierto Porto Santo, por la primera expedición que organizó el Príncipe.

En 1420 los portugueses establecidos en Porto Santo, descubrieron la isla Madeira; y de 1433 á 1437, aventurándose en alta mar, lograron doblar el cabo Bojador y descubrir el vasto Continente de Africa hasta el río de Senegal y toda la costa que se extiende entre el cabo Blanco y el cabo Verde.

El color negro, cabello ensortijado, nariz aplanada y labios gruesos de los habitantes de los países recién descubiertos, llenaron de temor á los portugueses, pensando que aquello era efecto del calor y que si avanzaban más, llegarían á una tierra de fuego en que tendrían que perecer; pero despertada ya la sed de des-

cubrimientos, no tardaron en organizarse nuevas expediciones en las que figuraba gran número de aventureros, que acudían de todas partes de Europa á ponerse á las órdenes de don Enrique *el Navegante*.

En 1438, el Papa Martín V, concedió á los portugueses el derecho exclusivo de propiedad sobre todos los países que descubriesen desde el cabo Nun hasta el Continente de la India.

Acallados de esta manera los rumores de la oposición, continuáronse las expediciones hasta las islas Azores.

Con la muerte de don Enrique, que se verificó en el año de 1460, disminuyó mucho en Portugal el ardor de los descubrimientos; pero más tarde, al advenimiento al trono del Rey don Juan II, en 1481, se despertó nuevo entusiasmo y se descubrieron los reinos de Benín y de Congo en 1484.

El nuevo Monarca de Portugal poseía todas las dotes necesarias para la realización de grandes empresas. Deseoso de conservar sus posesiones, mandó construir varias fortalezas en la costa de Guinea, fundar colonias y establecer relaciones comerciales con los estados más poderosos de aquellas regiones, procurando someter á la Corona portuguesa, á los débiles ó á los que, por luchas intestinas, se hallaban divididos.

Las constantes relaciones con las tribus africanas y las observaciones que ellos mismos hacían, disiparon en los portugueses, ciertos errores que hasta entonces habían aceptado como verdades científicas

El Continente africano que, según la doctrina de Ptolomeo, debía extenderse en anchura, parecía que, por el contrario, se estrechaba insensiblemente y se encorvaba hacia el Este, confirmando así las descripciones de los viajes que los fenicios hacían antiguamente al rededor de Africa que se creían fabulosas.

Esto les hizo concebir la esperanza de que, siguiendo el derrotero de los fenicios, podrían llegar á las Indias Orientales.

Tal pensamiento ocupó, desde esa fecha, la atención de todos los pilotos y matemáticos, y fué el objeto principal de las expediciones posteriores.

Continuó el Rey don Juan II, haciendo grandes esfuerzos para encontrar el paso para las Indias.

En 1468 una expedición marítima al mando de Bartolomé Díaz, avanzó resueltamente hacia el Sur, y tras-pasando los límites que habían detenido á sus compatriotas, descubrió más de novecientas millas de tierras nuevas.

Sin que fuesen bastante á detenerle las tempestades violentas que sufrió, las frecuentes sublevaciones de la tripulación y los padecimientos del hambre, Bartolomé Díaz, continuó avanzando hasta lograr descubrir el cabo de Buena Esperanza.

La fama de estos sucesos se extendió por todo el mundo, y el nombre de los portugueses corría de boca en boca, cuando la noticia del descubrimiento de un nuevo mundo por Cristóbal Colón vino á fijar la atención universal en el hombre extraordinario que llevó á cabo un hecho tan portentoso, y en la Nación afortunada á quien cupo en suerte la dicha de ayudarle.

CAPÍTULO II

Cristobal Colón

Nacimiento de Colón—Sus padres y hermanos—Su educación—Entra de marino—Viajes de Colón—Vida del marino en el siglo XV—Naufragio de Colón—Llegada á Portugal—Estado de este país—Se casa—Manera de vivir—Conocimientos que adquiere—Nuevos viajes y relaciones—Pensamiento de Colón—Opinión del sabio Toscanelli—Acontecimientos que confirman el pensamiento de Colón—Se dirige al Rey de Portugal—Oposición del Obispo de Ceuta—Conducta del Rey don Juan—Envía á Bartolomé donde el Rey de Inglaterra—Génova y Venecia—Desgracia de Bartolomé—Colón en España—Su asilo en la Rábida—Llega á la Corte—Le reciben los Reyes Católicos—Servicios de Quintanilla—Cinco años de conferencias inútiles—Retírase Colón—Detiéndole el Prior—Carta á la Reina—Toma de Granada—Regresa Colón—Firma un contrato con los Reyes Católicos—Nuevas dificultades—Carabelas armadas—Gastos y salida de la expedición

Cristobal Colón, nació en Génova por los años de 1435 á 1436.

Era su padre Domingo Colón, fabricante de tegidos de lana, y su madre se llamaba Susana Fontanarosa.

Tuvo dos hermanos, Bartolomé y Diego, y una hermana casada con el tocinero Santiago Bavarello.

Domingo Colón murió muchos años después de los primeros descubrimientos de su hijo. Poseía dos casas en Génova, y tuvo bastantes recursos para proporcionar á sus hijos los beneficios de una instrucción muy superior á su clase.

Después de haber aprendido en Génova en su infancia, la lectura, la escritura, la aritmética, el dibujo

y las nociones de pintura, Cristobal Colón fué enviado á la Universidad de Pavía, donde recibió lecciones de gramática, de lengua latina, de geometría, de geografía, de astronomía y de navegación. (1)

A los catorce años, interrumpió sus estudios universitarios y comenzó su aprendizaje de marino. La historia de su vida, desde esa época hasta 1487, es bastante confusa.

Parece que hizo muchos viajes bajo el mando de su pariente Colón el Mozo, célebre marino, que fué sobrino de Francisco Colón, capitán en los ejércitos navales del Rey Luis XI.

La vida del marino en el Mediterráneo, se componía entonces de viajes atrevidos y empresas temerarias. Una simple expedición comercial, se parecía á una expedición de guerra, y á menudo el buque mercante tenía que sostener fuertes combates para cruzar de un puerto á otro.

Por los años de 1469 á 1470, mandaba Cristobal Colón uno de los buques de Colón el Mozo, cuando se empenó un terrible combate, en los mares de Portugal, entre la escuadra de este almirante y cuatro galeras venecianas que volvían de Flandes.

La carnicería fué espantosa; las dos escuadras se acercaron, y el buque que mandaba Colón, enredado con otro buque veneciano, al que habían dado fuego, y además fuertemente sujeto por los garfios, no pudo escapar del incendio.

La tripulación entera pereció, no salvándose de aquella espantosa catástrofe más que un solo hombre, que luchó primero, sin auxilio alguno, con las agita-

(1) Niegan algunos criticos que Colón haya estudiado en Pavía. Hemos seguido la opinión de sus biógrafos más autorizados—
(N. del A.)

das olas, y que luego, asido de un remo, pudo ganar la costa á dos leguas de distancia.

Este hombre era Colón, y la Providencia que lo destinaba para portentosos hechos, lo arrojó sobre las costas de Portugal, nación célebre en aquella época por sus atrevidos y felices descubrimientos y por la ciencia y habilidad de sus navegantes.

Allí debía perfeccionarse en los conocimientos que le eran necesarios, para llevar á cabo el proyecto que más tarde fué el anhelo de su vida y la corona de su gloria.

La costa en que naufragó distaba poco de Lisboa, á donde se trasladó en breve y en donde lo recibieron amistosamente sus compatriotas.

Lisboa era entonces el foco del renacimiento geográfico. Reinaba Alfonso V y vivía aun el infante don Enrique, príncipe generoso, instruido y entusiasta que había establecido un colegio naval, elevado un observatorio en Sagres y llamado en su derredor á los hombres más capaces de secundarle en las atrevidas expediciones que se organizaban bajo su protección, en pos de nuevos descubrimientos.

Ningún otro lugar del mundo podía tener más atractivos para Colón. Tenía entonces 34 años y ya había adquirido una grande experiencia como navegante, y atrevidos designios exaltaban ya su imaginación.

Poco tiempo después contrajo matrimonio en Lisboa con doña Felipa Muñiz, de noble linage, hija de Bartolomé Muñiz Perestrello, experto marino que sirvió en las primeras expediciones del infante don Enrique, que había sido uno de los descubridores de las islas de Porto Santo y de Madeira y servido por muchos años la gobernación de la primera de dichas islas.

Doña Felipa se hallaba sin fortuna, y Colón, para sostener su casa, se puso á vender libros con estam-

pas, construyó globos, dibujó mapas y tomó parte en varias expediciones á la costa de Guinea.

La composición de un mapa geográfico exacto, no era en el siglo xv una obra vulgar. Venecia acuñó una medalla en honor de Fra Mauro, por el mapa que hizo, en 1459, y Américo Vespucio compró por \$ 555 fuertes, un mapa de Gabriel Valesca.

Por su aplicación adquirió Colón un caudal de conocimientos científicos poco común entre los marinos de su tiempo.

Los mapas, diarios y descripciones de los viajes de Perestrello, que encontró en poder de su esposa, le pusieron al corriente de los derroteros seguidos por los portugueses y de las diversas circunstancias que los habían alentado y dirigido, despertando en él vivísimos deseos de viajar.

En 1477 hizo un viaje hasta Islandia, tocando en Porto Santo, Madeira, Azores y costa de Guinea.

De regreso, sostuvo por muchos años, correspondencia científica con varios marinos establecidos en todos los lugares que visitó, y por medio del florentino Lorenzo Girdali, se puso también en relación con el célebre astrónomo Pablo Toscanelli de Florencia.

En la mente de Colón se agitaba ya el gran pensamiento que le llevó á descubrir un mundo. Tenía el convencimiento íntimo de que la tierra era redonda y que por lo mismo debía encontrarse en el oeste otra tierra que equilibrase la del Continente Oriental.

Después de haber meditado largo tiempo sobre esta materia y de haber comparado atentamente las observaciones de los pilotos modernos con las indicaciones y conjeturas de los antiguos, dedujo que atravesando el Atlántico y navegando siempre con dirección al oeste, se descubrirían infaliblemente países nuevos,

que no podían ser otros, á su parecer, que una parte del vasto continente índico. (1)

Este pensamiento de Colón no era más que el soñado descubrimiento del camino que, según se creía entonces, debía conducir de las costas occidentales de Europa, á través del océano Atlántico, á las costas orientales de Asia que él llamó siempre la India.

Colón sometió su proyecto á Toscanelli, pidiéndole una instrucción detallada sobre el camino de la India. El docto florentino le contestó, en 1474, manifestándole que el viaje que trataba de emprender, era mucho más fácil de lo que se creía, y le envió además una carta de marear, que fué la que sirvió á Colón en su primer viaje.

De este modo, pues, el gran proyecto, que produjo los sorprendentes descubrimientos geográficos de 1492, era desde 1474 asunto de serios estudios en Italia y en Portugal.

Varios acontecimientos aislados, que habían sido reunidos y comentados por los sabios de Portugal, y sobre los cuales se fijó, contribuyeron á dar á Colón una casi certeza de la realidad de su proyecto.

Un piloto del Rey de Portugal encontró, á 450 leguas al oeste del cabo San Vicente, una escultura de madera de un arte singular. Pedro Correa, concañado de Colón, vió cerca de la isla de Madeira, otra pieza de madera esculpida, de un estilo desconocido y procedente también del oeste. En esos sitios se ha-

(1) El Cardenal de Cambray, dice Pujol en su *Compendio de Historia Universal*, escribió, al comenzar el siglo xv, un libro titulado *Imagen del Mundo*, recopilación de noticias cosmográficas; pero obra incompleta por no predominar en ella criterio científico. Colón se inspiró en este libro, aunque quien llevó á su ánimo el convencimiento fué Toscanelli—(N. del A.)

hían visto, además cañas colosales que recordaban los bambúes de la India, y troncos de pinos enormes de una especie desconocida, y por último, en las Azores, las aguas habían arrojado un día, los cadáveres de dos hombres cuyas fisonomías y conjunto diferían mucho de los habitantes de Europa y Africa.

Después de diez y ocho años de estudios y meditaciones, Colón firmemente convencido de su idea, trató de hacerla práctica. Para esto no sólo era preciso exponer cuantiosas sumas, sino contar con el apoyo de un gobierno, á fin de poder tomar posesión, con títulos imponentes y formales, de los territorios que se descubriesen.

Don Alfonso de Portugal empeñado hacia el fin de su vida en una guerra con España, había abandonado las grandes empresas marítimas; pero su sucesor don Juan II, se mostró más dispuesto á seguir las huellas del Príncipe don Enrique.

Colón se dirigió al Monarca portugués, que le escuchó favorablemente é hizo reunir un consejo de sabios en que se discutió si era razonable tratar de llegar á las Indias por el oeste, como proponía Colón, ó si era mejor proseguir los descubrimientos en Africa, que debían conducir al mismo resultado.

Diego de Ortiz, Obispo de Ceuta, combatió con calor á Colón, tachándolo de quimérico y charlatán; pero don Juan II, más confiado en la posibilidad del éxito, envió una carabela, en apariencia para las islas del cabo Verde, con instrucciones secretas para seguir la dirección indicada por Colón.

Sobrevino una borrasca y los pilotos espantados regresaron á Lisboa.

Altamente disgustado de tan desleal procedimiento, Colón, ya viudo y sin ningún interés que le retuviera en Portugal, salió secretamente de Lisboa por la vía

marítima, á fines de 1484, habiendo enviado antes á su hermano Bartolomé á entenderse con Enrique VII de Inglaterra.

Algunos autores dicen que Colón, antes de dirigirse al Rey de Portugal, pasó á Génova y que el Gobierno de la República, debilitado por desastres recientes, no quiso darle oídos; y que entonces se dirigió á Venecia, en donde le pasó lo mismo.

Bartolomé no fué más feliz. Capturado por unos piratas, cuando se dirigía donde Enrique VII, necesitó de muchos años para poder llegar á Londres. Cuando lo verificó, el Monarca inglés le oyó favorablemente, y quizás le habría patrocinado, si ya Colón, en aquella fecha, no hubiera encontrado quien lo hiciera en otra parte.

En el entre tanto se vió un día aparecer á Colón en España, pobre y viajando á pie con su hijo Diego, que tenía de diez á doce años de edad.

A media legua de Palos de Moguer, en Andalucía, se detuvo una vez en el umbral del convento de franciscanos de Santa María de la Rábida y pidió un poco de pan y agua para su hijo.

El guardián del Monasterio, Juan Pérez de Marchena, hizo entrar á Colón, le dirigió algunas preguntas, y sorprendido de su instrucción y de la grandeza de sus ideas, le concedió hospitalidad, se encargó de la educación de su hijo y le dió una carta de recomendación para el confesor de la Reina, don Fernando de Talavera.

En 1486 llegó á Madrid.

Destituido de fortuna y sin amigos, ganaba humildemente su vida, haciendo mapas y cartas de marear.

No era á la verdad España la nación que se hallaba en condiciones favorables para intentar tan costosa y al mismo tiempo arriesgada empresa. En lucha aún

obstinada y sangrienta con el Reino de Granada, último baluarte del poder sarraceno, el pueblo español tenía empeñadas, en esta guerra, porvenir, honra y fortuna, y la cuestión era harto vital para que pudieran distraerle de ella proyectos más ó menos brillantes de lejanas conquistas.

Desde Córdoba principió Colón á tratar de su atrevida empresa, y en quien halló más acogida fué en Alonso de Quintanilla, Contador mayor de Castilla, que además de ser partidario de cosas grandes, simpatizó con el marino y lo hospedó gratuitamente en su propia casa.

Los Reyes Católicos escucharon á Colón con bondad ó interés, y comisionaron, para que examinase el proyecto, á Fernando de Talavera, confesor de la Reina, el mismo á quien iba recomendado. Éste consultó con un congreso de sabios españoles, en su mayor parte eclesiásticos, que se reunió en el convento de dominicos de San Esteban de Salamanca, pero tan apegados á las tradiciones bíblicas, que muchos negaban hasta los principios más rudimentales en que fundaba Colón sus conjeturas y afirmaciones.

Después de muchas conferencias y de cinco años pasados en estériles debates, Talavera presentó al fin á los Reyes Católicos un informe muy desfavorable. Éstos, de común acuerdo, declararon á Colón que, hasta que la guerra con los moros no estuviese terminada, les era imposible empeñarse en empresas que reclamaran algún gasto. Creyó Colón que su proyecto quedaba para siempre desechado, y determinó retirarse de una Corte en que le habían entretenido tantos años con vanas esperanzas.

Decidido á marcharse á Francia á entenderse con Carlos VIII, pasó por el convento de la Rábida, donde se educaba su hijo; pero el Prior Juan Pérez de Mar-

chena, que le profesaba sincero afecto, que apreciaba su talento y sus virtudes, y que deseaba, por otra parte, que no se perdiese para su patria aquella útil y gloriosa empresa, se atrevió á escribir á la Reina, suplicándole que examinara el asunto de nuevo con la atención que merecía, y que considerase que con su negativa iba á quitar los medios de convertir á la fe católica á tantos infieles que había en los países por descubrirse.

Movida del respeto que profesaba á Juan Pérez, le contestó la Reina invitándolo á pasar á Santa Fe, en la vega de Granada, para conferenciar sobre el asunto de que le hablaba. Esta entrevista dió por resultado una invitación á Colón, para que volviese á la Corte, y el envío de setenta pesos con objeto de que comprase una mula y vestidos con que presentarse.

En la Corte encontró nuevas dificultades. El Rey don Fernando se oponía á las exigencias de Colón, quien pedía ser nombrado almirante y virrey de las comarcas que descubriera, con el goce de la décima parte de los beneficios.

Afortunadamente, en el año siguiente de 1492, se rindió Granada y terminó la guerra con los sarracenos.

La alegría de la Corte fué inmensa, y aprovechándose de ella Quintanilla y Santangel, que eran los protectores de Colón, lograron convencer á la Reina de la necesidad de apoyar á ésta y entusiasmarla hasta el grado de que empeñara sus propias joyas, para los gastos de la expedición.

Colón iba nuevamente en camino para Francia, cuando fué alcanzado en el puente de Pinos, por un policía que por la posta y en su seguimiento envió la Reina. Regresó en el acto, y el 17 de abril de 1492, se firmó un contrato por él y por los Reyes Católicos, en el que éstos le concedían todo cuanto había solicita-

do, y Colón se obligaba á contribuir con la octava parte del gasto que ocasionara la expedición, en calidad de préstamo á la Corona.

El Rey don Fernando dejó gravitar sobre Castilla todas las cargas de la expedición, eludiendo compromisos que juzgaba peligrosos. Luis de Santangel, protector de Colón, adelantó generosamente algunos fondos á doña Isabel, y Colón halló en el puerto de Palos á la familia de Pinzón decidida, no sólo á proteger la empresa con recursos, sinó también á tomar en ella parte activa.

Las carabelas armadas fueron tres: la de mayor porte, á las órdenes de Colón, recibió el nombre de *Santa María* en honor de la Virgen, á quien el marino genovés profesaba particular devoción; la segunda, cuyo capitán era Martín Pinzón, se llamó *Pinta*, y la tercera, mändaba por Yáñez Pinzón, fué bautizada con el nombre de *Niña*. Las dos últimas no eran mayores que lanchas de pescadores.

La flotilla expedicionaria llevaba provisiones para un año y conducía á su bordo un total de 146 hombres, la mayor parte marineros, unos cuantos aventureros que habían querido seguir la suerte de Colón y algunos caballeros de la Corte, encargados de acompañarle.

Todos los gastos de la expedición, que tanto habían asustado á la Corte de Castilla y que por tanto tiempo detuvieron las negociaciones de Colón, no excedieron de 400 mil reales, ó sean veinte mil pesos fuertes.

Antes de abandonar las costas de España, Colón y todos los que le acompañaban, fueron procesionalmente á la iglesia del Monasterio de la Rábida, donde, después de haberse confesado, recibieron la comunión de manos del padre Pérez, que juntamente con ellos elevó püces por el éxito de la expedición.

Por último, en la mañana del 3 de agosto de 1492, Colón se dió á la vela en el puerto de Palos, á presencia de una multitud de espectadores, que elevaban las manos al cielo pidiéndole protección para una empresa que suponían necesitada del favor celeste. Colón iba, sin saberlo, en busca de un mundo, aunque en opinión de los espectadores sólo encontraría desoladas tempestades y acaso una muerte sin amparo y sin defensa.

CAPÍTULO III

Situación de España en el siglo XV

Reinados de don Juan II y don Enrique IV—Decadencia de España—La Princesa Isabel es proclamada Reina de Castilla y de León—Gobierna en unión de su esposo—Situación del Reino—Guerra civil—Apóyala Portugal—Actividad de los Reyes Católicos—Se celebra la paz con Portugal—Don Fernando se cifie la Corona de Aragón—Principiase la unificación de España—Medidas de buen gobierno—Preocupaciones religiosas—Restablecimiento de la Inquisición—Vacilaciones de la Reina—Rómpense las hostilidades con los árabes—Lucha heroica de diez años—Rendición de Granada y término de la dominación musulímica en España—Expulsión de los judíos—Llegada de Colón—Carácter de los españoles—Mala educación de éstos—Causas de las desgracias de América

No era la España del siglo xv aquella rica, poderosa y floreciente nación que, en tiempos de Carlos V, no veía ponerse el sol en sus dominios.

Los reinados de don Juan II y de don Enrique IV, que precedieron al de doña Isabel I, llevaron la monarquía á pasos agigantados, por el camino de la perdición, á fuerza de desaciertos, condescendencias, pusilanimidad y mal gobierno. Débiles de carácter fueron, como es consiguiente, instrumentos dóciles de astutos y ambiciosos favoritos que explotaron en su beneficio la riqueza y el porvenir de la Nación.

La decadencia del país y la corrupción de la Corte parecían haber llegado á su colmo, cuando sobrevino la muerte del último de los monarcas referidos.

La Princesa Isabel, hermana del Rey, reconocida

heredera del Trono á consecuencia de la exclusión y desconocimiento de la infanta doña Juana, hija de don Enrique IV llamado el *Impotente*, fué proclamada Reina de Castilla y de León, en 1474, comenzando á ejercer el gobierno desde esa fecha, en unión de don Fernando, Príncipe heredero de Aragón.

Los nuevos monarcas inauguraron su reinado bajo condiciones muy desfavorables.

La autoridad real se encontraba tan menoscabada que era casi ficticia, minada por los fueros y privilegios extraordinarios de los nobles que, encastillados en sus fortalezas señoriales, no tenían de vasallos sino el nombre. Jefes absolutos de fuerzas numerosas que servían á su capricho, ora apoyando á la Monarquía, ora levantando el estandarte de la rebelión, la justicia no podía alcanzarlos, y el Monarca tenía que contemporizar con ellos y ser, muchas veces, instrumento de sus pasiones.

Los caminos se encontraban plagados de malhechores y bandidos que hacían difíciles las comunicaciones y paralizaban el comercio, siendo la acción de los tribunales impotente para contener los homicidios, robos y crímenes que se verificaban diariamente.

La industria y la agricultura corrían parejas con el estado general del Reino.

Empeñados en constantes guerras con los vecinos y en frecuentes contiendas civiles, los españoles preferían el botín militar, que solía enriquecerlos de pronto, á los productos de la industria siempre lentos en sus progresos.

Las letras tampoco se atendían, no obstante el inmediato contacto con los árabes que tanto las cultivaban. Los conventos eran los únicos que se dedicaban á ellas, y fueron éstos los que en aquellos tiempos las salvaron del naufragio que las amenazó.

Los nuevos monarcas tuvieron que añadir á todo lo relacionado, los inconvenientes de la guerra.

No bien habían ocupado el Trono, algunos nobles levantaron el estandarte de la revolución, so pretexto de sostener los derechos de la infanta doña Juana la Beltraneja, hija bastarda de la casa de Castilla, con quien había celebrado esponsales el Rey de Portugal don Alfonso V que, á título de protector y esposo, invadió con un ejército el territorio castellano.

Faltos de tropas y de recursos, los Reyes Católicos lo improvisaron todo, echando mano de los bienes eclesiásticos, que el clero les ofreció voluntariamente.

Vencidos los portugueses y los nobles rebeldes, todavía continuó la guerra por más de tres años afligiendo á las provincias fronterizas; pero en medio de los cuidados de aquella guerra en que demostró su genio y su actividad doña Isabel, dedicó también su empeño á la reforma de la administración interior, cuyo lamentable estado hemos reseñado atrás.

Por fin se celebró la paz con Portugal, y este acontecimiento coincidió con otro no menos feliz para Castilla. Don Fernando se ciñó la Corona de Aragón por muerte de su padre, y los reinos de Asturias, Galicia, León y Castilla, Aragón y Cataluña, formaron entonces una sola entidad política y sirvieron de base á los Reyes Católicos, para la importante obra de la unificación de la Monarquía española, que debía completarse más tarde.

Asegurada la paz, la Reina de Castilla organizó un cuerpo de policía urbana y rural que contribuyó eficazmente á restablecer la seguridad pública; concedió eficaz y decidida protección á las letras é hizo llamar á sabios italianos que dieron lecciones públicas en las Universidades; mejoró y aumentó los establecimientos de instrucción; concedió franquicia de derechos á

la introducción de libros extranjeros; dictó sabias disposiciones encaminadas á proteger la industria y el comercio; revocó una multitud de privilegios otorgados por los monarcas anteriores á los grandes señores; arregló la moneda; dió notable impulso á la marina militar y á la mercante; embelleció las ciudades, y con estas y otras medidas hizo cambiar, como por encanto, el aspecto del país.

Desgraciadamente era opinión común en aquel tiempo, que la Iglesia Católica tenía la facultad y el deber de inquirir los errores en materia de fe, pudiendo requerir el auxilio del brazo secular para imponer el condigno castigo á los que incurriesen en ellos.

Los Reyes Católicos participaban en mucho de las ideas de su época, y cometieron el error de restablecer en España, en 1478, el odioso tribunal de la Inquisición, olvidado y en desuso, que debió haber sido proscrito en bien de los pueblos y de la religión misma que se pretendía proteger con él.

Cuéntase que la Reina estuvo por mucho tiempo dudosa y vacilante; pero instada por sus directores espirituales y atenta al clamor de las masas ignorantes que reclamaban el sangriento tribunal para tener á raya á los judíos conversos, tuvo al fin que vencer su repugnancia y consentir en una medida que fué más tarde, la ruina de España y del Nuevo-Mundo.

Conocido el ardiente celo religioso de don Fernando y doña Isabel y el deseo de engrandecer el Reino que los animaba, se comprenderá fácilmente la repugnancia con que miraban la ocupación por los sectarios de Mahoma, de la parte más rica y hermosa del territorio español.

Un acto de provocación imprudente y desleal, por parte de las autoridades de Granada, precipitó los acontecimientos y dió principio á las hostilidades.

En aquella lucha heroica que duró diez años, los árabes defendieron con valor su conquista y posesión de siete siglos, mientras los españoles reivindicaban de la misma manera el suelo patrio, con cuyo menoscabo jamás se habían conformado.

Con la rendición de Granada, el 1º de enero de 1492, tuvo término la dominación de los árabes en España; pero este acontecimiento que acrecía el poder y riqueza de la Monarquía castellana, llevándole un cuantioso contingente de adelantos científicos, industriales y manufactureros, no fué estimado así por los monarcas españoles.

Cegados por su excesivo ardor religioso, se echaron sobre el solemne compromiso de respetar la religión de los vencidos que contrajeron en el tratado de la capitulación de Granada, expidiendo un tiránico decreto por el que se mandó salir de los dominios españoles á todos los judíos que, en el término de cuatro meses, no abjurasen de su religión y recibiesen el bautismo.

Ochocientos mil israelitas, según unos; ciento ochenta mil, según otros; industriales, manufactureros y empresarios que sostenían la prosperidad admirable del Reino de Granada, emigraron de España y fueron á enriquecer con su industria y conocimientos, á otras naciones de Europa que se aprovecharon de aquel error de los Reyes Católicos.

Tal era el estado de la Nación española cuando el genio de Cristóbal Colón, ayudado eficazmente por la Reina de Castilla, la dotó con un nuevo mundo.

Diez años de continua y esforzada lucha, habían hecho de los españoles bravos y atrevidos guerreros.

No era, sin embargo, la educación del cuartel, la vista de los sangrientos campos de batalla, ni las intolerantes y atrasadas doctrinas de la Inquisición, las

llamadas á formar á los conquistadores de un mundo y á los portadores de una civilización nueva.

La desgraciada América que dormía indolente y confiada el sueño de la inocencia, tuvo que ser la víctima de tantos errores. Su tierra llena de encantos y de gracias, sus florestas, sus aves, sus tesoros, en fin, no fueron nunca bastantes para aplacar la codicia desenfrenada de las hordas aventureras que, por espacio de 300 años, la convirtieron en perpetuo botín de guerra, invocando un Dios y una civilización que estaban lejos de comprender y que jamás pudieron interpretar.

CAPÍTULO IV

Descubrimiento de América

Viaje de Colón—Descúbrese la tierra—Toma posesión de ella—Naturales de América—Colón dirígese al Sur en busca de oro—Organización de una colonia—Violenta tempestad—Llega á Lisboa—Su regreso á España—Entusiasmo general—Cólmanle de honores—El Papa concede las tierras descubiertas á España—Disgusto de los portugueses—Nueva bula romana—Segundo viaje—Tercer viaje—Colón preso y cargado de cadenas—Su llegada á España—Colón repele triunfantemente las acusaciones—Cuarto y último viaje—Descubrimiento de Nicaragua—Padecimientos y amarguras de Colón—Muere en Valladolid—Nombre que se da á las colonias—Americo Vespucio—Su nacimiento y educación—Sus viajes—Sus relaciones—Tratado de geografía de Straburgo—Carta de Watt—Opinión de Mr. Dacou—Inexactitud de ella.

Después de tres meses y algunos días de una penosa navegación por rumbos y mares desconocidos, Colón, escarnecido y amenazado de muerte por los mismos que le acompañaban, pasaba los días y las noches, fija la mirada en los horizontes, pidiendo á Dios que le presentase la tierra en lontananza siquiera, como un premio á los sufrimientos que ya le tenían agoviado.

En la noche del once de octubre divisó en la costa una luz que se movía, y á las dos de la mañana estuvo á punto de desmayarse de gozo, al oír los alegres gritos de la *Pinta*, que iba á la vanguardia y que anunciaba el descubrimiento de la tierra tan deseada.

Al amanecer, los primeros rayos del sol naciente

presentaron á los atónitos ojos de los expedicionarios, una escena de extraordinaria belleza.

La tierra que tenían al frente, que era la isla de Guanahani, que Colón llamó del Salvador, estaba cubierta de bosques espesos, y el rico follaje y los variados y vistosos colores de las flores tropicales, la hacían aparecer alegre y hermosa como ninguna. Al mismo tiempo veíanse las playas, cubiertas de hijos de aquellos bosques, que salían en tropel á mirar con admiración los navíos, cuyas blancas velas semejabán para ellos, pájaros enormes, suspensos sobre las aguas.

Colón, palpitante de emoción, ricamente engalanado y con la espada desnuda, saltó á tierra, se arrodilló en la arena y después de besarla tres veces, oró fervorosamente rindiendo gracias á Dios. Luego, puesto en pie con el estandarte real en la mano, tomó posesión formal del país en nombre del Rey y de la Reina de España, y recibió de los españoles que le acompañaban el homenaje de Virey de aquellas tierras.

Mientras tanto los naturales del país, mirando á los españoles como seres extraordinarios de una raza superior, se prosternaron y los recibieron con respeto.

Informado Colón de que más lejos y hacia el Sur se encontraba el oro en abundancia, dirigió su rumbo en aquella dirección y descubrió á Cuba y la Española, llamada después Haití.

Al llegar á este último punto, naufragó uno de los buques y tuvo que dejar treinta y cinco hombres con orden de organizar la primera colonia, regresando después á España, en 4 de enero de 1493.

Durante la navegación del regreso sobrevino una violenta tempestad que estuvo á punto de destrozár los débiles barcos, y temiendo Colón que se perdiesen para el mundo sus importantes descubrimientos, es-

eribió una relación y la aseguró en un barril que arrojó al mar, esperanzado de que pudiera llegar á las playas europeas; pero habiendo disminuido la tempestad, pudo arribar á Lisboa con los buques casi destrozados y de ahí dirigirse después al puerto de Palos.

Ya de Portugal había llegado á España la ruidosa noticia del descubrimiento del Nuevo-Mundo, y cuando arribó al puerto de Palos, fué Colón recibido por una muchedumbre entusiasta que le aclamaba frenéticamente, entre los estampidos del cañón y los alegres repiques de las campanas que saludaban su entrada.

Dirigióse inmediatamente á Barcelona, donde le aguardaban los Reyes Católicos. Les hizo una relación detallada de sus descubrimientos, presentando muestras de los productos del Nuevo-Mundo, mostrando á los naturales que había llevado consigo y ofreciendo á los monarcas españoles una conquista que, en aquella fecha, “no había costado á la humanidad ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima.”

Los Reyes Católicos colmaron de honores á Colón, le confirmaron en todas sus dignidades, y para asegurarse en la posesión de las tierras descubiertas, ocurrieron á Roma en demanda de una bula que les concediera el dominio y propiedad de ellas.

Ocupaba la silla pontificia el español Roderico Borgia, conocido con el nombre de Alejandro VI, y este Pontífice escuchó gustoso la solicitud de los Reyes Católicos, expidiendo la célebre bula *Inter cetera*, en la cual da á los monarcas de España, las tierras descubiertas y por descubrir, espontáneamente, por pura liberalidad y con la plenitud del poder evangélico. La da, continúa, “con *pleno poder, autoridad y jurisdicción*, y prohíbe á toda clase de personas, reyes ó empe-

y por la obra antigua de Ilacomilo, que propuso el nombre de América en honor del erudito florentino.

Por otra parte, las lenguas chontales y mayas de la América Central, que supone distintas Mr. Dacou, son unas mismas; y en estas regiones no sabemos que haya actualmente, ni que haya habido nunca, cordillera montañosa conocida con el nombre de América.

radores que contravengan la bula, bajo pena de excomuni6n."

Los portugueses, que habían hecho descubrimientos anteriores y que tenían otra bula del Papa Martín V, entraron en celos y disputas con los españoles.

Para cortar cuestiones entre ambas Cortes, fué preciso una nueva bula romana, en la que, trazándose una línea imaginaria de un polo á otro y cien léguas distante de las Azores y de las islas Verdes, se declaró perteneciente á España, las tierras descubiertas ó que que se descubriesen al Occidente, y á Portugal, las que se hallasen al Sur de dicha línea.

El 25 de setiembre de 1493 hizo Colón un segundo viaje, saliendo del puerto de Cádiz con 17 navíos y 1500 hombres y llegó hasta las pequeñas Antillas de las cuales tomó posesión y regresó.

En mayo de 1498 realizó un tercer viaje con seis barcos y considerable número de familias, dirigiendo su rumbo hacia el Ecuador. Descubrió la Trinidad y la costa de la América del Sur cerca de la desembocadura del Orinoco en donde estuvo á punto de perecer por las precipitación de las aguas de este gran río, cuyo poderoso curso le hizo calcular que debía pertenecer á un continente.

Este tercer viaje de Colón terminó de una manera muy triste. Habiendo ocurrido algunos desórdenes en la Española, los Reyes enviaron como árbitro á don Francisco de Bobadilla con instrucciones de castigar y mandar presos á los culpables. Bobadilla, que era enemigo de Colón, aprovechó la oportunidad para cargarlo de cadenas y enviarlo preso á España en unión de sus hermanos Bartolomé y Diego.

El Comandante del buque, Andrés Martín, indignado de que se tratase tan mal al descubridor de un mundo, quiso quitarle los grillos; pero Colón se opu-

so y los conservó en toda la travesía: hizo más aún, los colgó más tarde en su despacho y mandó que á su muerte los metieran en su féretro.

En cuanto se supo en España que Colón llegaba encadenado como vil criminal, un grito de indignación salió de todas las bocas. Entre su triunfo de Barcelona y esta cruel humillación, el contraste era muy grande.

Colón repelió triunfantemente todas las acusaciones y aceptó como buenas las excusas que le presentaron los Reyes españoles los que, á pesar de todo, nunca le devolvieron su posición.

En 1502, á los sesenta y seis años de su vida, cuando las heridas del corazón y los achaques de la edad tenían debilitadas sus fuerzas, emprendió Colón su cuarto y último viaje, en busca, como siempre, del pasaje para la India, que suponía un poco más hacia el oeste de sus viajes anteriores.

El 9 de mayo salió de Cádiz con cuatro carabelas y ciento cincuenta hombres. Exploró la costa del Darién y descubrió los territorios de Honduras y Nicaragua, en la costa del Atlántico.

Grandes fueron los padecimientos que Cristobal Colón tuvo que soportar durante su último viaje; pero una vez libre de tantas pruebas, tenía derecho para prometerse en España favorable acogida.

Doña Isabel, su verdadera protectora, había muerto el 24 de noviembre de 1504, pocos días antes de su regreso á la Península, y el Rey don Fernando lo recibió friamente.

Colón reclamó el cumplimiento de lo que se le debía, y don Fernando, aunque pareció no negarse á ello, dejó pasar algún tiempo y remitió las reclamaciones á la Junta de Descargos, que siguió el mismo sistema de lentitud calculada, concluyendo por pro-

ponerle títulos y haciendas en Castilla, en compensación de los privilegios que le habían sido concedidos en América.

Colón no quiso aceptar, y lleno su corazón de amargura por tanta ingratitud, devorado por males físicos y conociendo que su fin se acercaba, se retiró á Valladolid en donde falleció, olvidado de todos y en la mayor pobreza, el 20 de mayo de 1506 á los setenta años de edad.

Enterráronse con él sus cadenas, y sus restos depositados sucesivamente en el convento de San Francisco de Valladolid, en el de Cartujos de Sevilla y en la catedral de Santo Domingo, fueron por fin trasladados á la Habana donde actualmente reposan. (1)

Cristobal Colón era alto, bien formado y musculoso: su fisonomía tenía cierto aire de autoridad y sus maneras eran serias y dignas. Distinguíase por una imaginación viva, un noble entusiasmo, una moral intachable, grande genio inventor y una extraordinaria constancia en sus propósitos.

A la tierra descubierta por Colón se le dió el nombre de América, á consecuencia de los escritos que sobre el Nuevo-Mundo publicó el piloto Américo Vesputio.

Américo fué un hombre honrado y estimado del mismo Colón.

Era natural de Florencia en donde nació el 9 de marzo de 1451, y fué el hijo tercero de un escribano público de aquella ciudad.

(1) Últimamente ha aparecido un sepulcro en Santo Domingo que se pretende ser el de Colón. El hecho no ha sido reconocido por la comisión que el Gobierno español mandó á Santo Domingo—(N. del A.)

Educado con esmero por su tío Georgio Antonio Vespucio, docto religioso de la congregación de San Marcos, se trasladó á España en busca de fortuna, en el año de 1490, entrando de factor ó dependiente de un gran establecimiento comercial de Sevilla. Más tarde entró de contador en la casa de Contratación de la misma Sevilla y fué el encargado del armamento de los buques destinados al tercer viaje de Colón.

En 1499, según se cree, hizo su primer viaje asociado con Juan de la Cosa. El segundo con Yáñez Pinzón, en diciembre del mismo año, el tercero con los portugueses al Brasil, en 1501, y el cuarto con los mismos portugueses á las Indias Orientales, naufragando cerca de la isla Fernando Noroña.

Américo sólo fué piloto en estas cuatro expediciones; pero sus relaciones, escritas con corrección y amenidad y publicadas en aquellos días, se tradujeron á todos los idiomas y dieron celebridad á su nombre.

En 1507, un sabio profesor y librero alemán, conocido con el nombre de Ilacomilo, publicó una importante obra en latín reuniendo, por primera vez, las cuatro relaciones de Américo Vespucio y proponiendo dar al nuevo continente el nombre de *América*.

En 1509 salió en Straburgo un tratado de Geografía en que refiriéndose á Ilacomilo se hace uso del mismo nombre de América.

En 1520, una carta de marear, publicada por Joaquín de Watt, hace igual cosa, y de esa fecha para acá ha ido generalizándose aquel nombre cada día más, sin que Vespucio tuviera culpa ni intervención en este robo, hecho después de sus días al descubridor del Nuevo-Mundo.

Hace pocos meses que la prensa periódica publica una comunicación dirigida á la Academia de Cien-

cias de París, por el geólogo francés, Mr. Jules Dacou, sobre el origen del nombre de América. (1)

El ilustre sabio afirma que el nombre de *Americus* ó *Amérigo*, de que se supone derivado América, es nombre puramente imaginario que jamás ha sido aplicado á persona alguna en Italia, Portugal y España; y que Vespucio se llamó sencillamente Alberto (*Albeircus*, *Albérito*) cuya desinencia no pudo ser nunca Américo.

“La verdad es, dice Mr. Dacou, que la palabra *América* ó *América* es de origen indio y proviene de los idiomas de los aborígenes del Nuevo Continente. Dicha palabra, traducida literalmente de las lenguas chontales y mayas de la América Central, significa *país del viento*, y con ella se designa, en aquella región, una cadena de montañas conocida como muy rica en minas de oro.”

Será muy respetable la opinión del geólogo francés; pero su afirmación, con respecto al nombre de Américo, está contradicha por las obras del mismo Vespucio, que llevan su nombre al frente; por los libros de la casa de contratación de Sevilla que hablan del contador Américo Vespucio; por los escritos de Ojeda en sus pleitos con los hijos de Colón (2); por la carta que el Almirante dirigió de Sevilla á su hijo don Diego (3)

(1) *Diario de Centro-América* de 28 de agosto de 1888—Guatemala.

(2) “Truje conmigo á Juan de la Cosa piloto é Américo Vespuche é otros pilotos.” (Ednardo Charton—*Viajeros célebres.*)

(3) “El Almirante don Cristobal escribió, pues, desde Sevilla, con fecha 5 de febrero de 1505, á su hijo don Diego, que residía en la Corte, diciéndole, que Américo iba á allá, llamado sobre cosas de navegación &.”—(Navarrete—*Viajes y descubrimientos.*)

CAPÍTULO V

Descubrimiento y conquista de Nicaragua

Sale Colón de Cádiz—Su cuarto y último viaje—Tempestad que sufre—Descubre á Honduras—Toma posesión del territorio—Nueva tempestad—Descubre á Nicaragua—El pueblo de Cariay, sus habitantes, usos y costumbres—Toma dos naturales para guías y se dirige á Veragua—Vasco Núñez de Balboa descubre el Pacífico—Pedrarias es nombrado Gobernador del Darién.—Reconoce las costas de Nicaragua y Costa-Rica—Ejecución de Balboa—Andrés Niño se dirige á España—Júntase con Gil González—Concesiones de la Corte—Gastos de la expedición—Llega Gil González al Darién— Su expedición por la costa Sur—Su amistad con el cacique Nicoya—Penetra resueltamente á Nicaragua—Recibimiento del cacique Nicarao—Sus aventuras en el interior del país.

En el capítulo anterior vimos salir de Cádiz al Almirante Colón, en 9 de mayo de 1502, con cinco carabelas y 150 hombres, llevando por objeto el buscar la comunicación para la India, que suponía existente en territorio americano.

Efectuaba su cuarto y último viaje y le acompañaban su hermano don Bartolomé el Adelantado, intrépido y entendido mareante y su hijo menor don Fernando Colón, casi niño todavía.

Una violenta tempestad puso en peligro sus naves frente á Santo Domingo, donde le negaron el asilo.

Siguiendo su derrotero tocó en algunos islotes y cayos que conocía desde sus anteriores viajes, y cami-

nando hacia el Sur-oeste descubrió el 30 de julio, las islas de la bahía de Honduras.

El 14 de agosto descubrió el cabo de Cajinas, y el 17 desembarcó en la boca del río Tinto y tomó posesión solemne del territorio á nombre de la Corona de España.

Continuando siempre hacia el Sur-oeste fué nuevamente arrebatado por una gran tempestad que duró cerca de un mes y en la cual el peligro llegó á ser tan inminente, que las tripulaciones se confesaron unas á otras, preparándose para la muerte.

Al fin, después de larga y azarosa lucha con los elementos, el 12 de setiembre se logró doblar un cabo, comenzó á soplar viento bonancible, calmó la tempestad, las naves siguieron hacia el Sur, y Colón, penetrado de gratitud y de religioso respeto, dió á aquel lugar el nombre de Cabo de Gracias á Dios.

La primera tierra de Nicaragua acababa de ser descubierta de un modo providencial por el propio Colón, y éste después de permanecer un día en ella, continuó al siguiente navegando con su escuadrilla á lo largo del litoral, y á las 60 millas fondeó para proveerse de leña y agua en la embocadura del río Grande, en cuya barra perdió un bote con su tripulación.

De allí se dirigió guiado por la costa á la embocadura del río Rama y ancló en la isla actual de Boby y tierra firme, el 25 del mismo setiembre.

En aquella tierra encontró, una legua adentro, un pueblo indígena llamado Cariay, á orillas de un hermoso río, en un terreno florido, salpicado de colinas y de árboles de extraordinaria altura.

Los habitantes, al ver las embarcaciones y los seres extraños que navegaban en ellas, se sobrecogieron de temor y se aprestaron á defenderse, haciendo uso de sus armas.

Colón procedió con toda prudencia y no quiso desembarcar aquel día ni el siguiente, hasta que logró tranquilizar á los naturales y entrar en pláticas y arreglos con ellos.

Según el informe de Colón, aquellos naturales eran altos, robustos, bien proporcionados y de semblante risueño.

Su idioma era diferente del de los autillanos, llevaban camisas de algodón sin mangas, eran púdicos, usaban el cabello trenzado encima de la frente y el cuerpo pintado de figuras extrañas de color rojo ó negro.

Los jefes llevaban una gorra de algodón tegido, adornada con plumas, y las mujeres tenían el talle ceñido con vistosas telas, las orejas, los labios y las narices agujereados y usaban pendientes de oro muy mezclado de cobre.

En sus chozas tenían herramientas de cobre ó pedernal, objetos fundidos y soldados, crisoles y fuelles de pieles, y se alimentaban de la caza y pesca.

Desembarcó el Adelantado don Bartolomé con otros pocos españoles, y queriendo tomar algunos datos acerca del país, comenzó á preguntar por señas y mandó al Escribano que asentase las respuestas que se obtuvieran. Los naturales, que al ver escribir se alarmaron, atribuyendo sin duda á hechicería aquella operación nueva y extraña para ellos, echaron á huir, volviendo á poco con unos polvos que pusieron á quemar, procurando arrojar el humo á los españoles. No menos supersticiosos éstos que aquellos, creyeron á su vez que se trataba de hechizarlos.

El mismo Colón pagó tributo á las ideas de su época y dió por cierto el peligro que corrió de ser así dañado por aquellos salvajes.

Continuando su excursión el Adelantado, encontró en el interior del pueblo, sepulcros con cadáveres em-

balsamados unos, y otros perfectamente conservados, envueltos en telas de algodón y adornados con joyas. En las tablas que cerraban las cajas, vió esculturas de animales en unas, y de rostros humanos en otras.

Tomó Colón dos indios para que les sirvieran de guías, lo que causó gran pesadumbre en el pueblo, y el 5 de octubre se hizo nuevamente á la vela con dirección á la costa de Veragua.

Once años después de estos acontecimientos, cuando ya Colón dormía el sueño de la muerte y cuando habían tenido efecto otras muchas expediciones á distintos puntos, el intrépido Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo de Panamá, y el 25 de setiembre de 1513 descubrió el océano Pacífico, donde se fijó entonces la atención del Gobierno y de los aventureros españoles.

Entre estos últimos apareció por aquel tiempo, un personaje importante por su clase y por sus antecedentes. Se llamaba Pedro Arias ó Pedrarias Dávila, apellidado el *galán* y el *justador*. Era hermano del Conde de Puño en Rostro y estaba casado con la hija de la célebre Condesa de Moya, amiga íntima de la Reina Isabel.

Pedrarias se había distinguido como jefe de alta graduación en la guerra de Granada y en la expedición al Africa, y gozaba de la protección del Arzobispo de Burgos, especie de *factotum* del Gobierno español, durante los reinados de los Reyes Católicos y de Carlos V de Alemania.

Nombrado Gobernador del Darién en el año de 1514, Pedrarias vino á hacerse cargo del mando de aquel distrito acompañado de un número considerable de nobles arruinados, que pensaban recuperar sus fortunas en el territorio americano.

Dispuso diferentes expediciones que recorrieron las

costas del Sur de Nicaragua y Costa-Rica, y en 1520 se dió principio de un modo formal á la conquista del territorio de esta última.

En 1519 Pedrarias mandó prender al célebre descubridor del Pacífico Vasco Núñez de Balboa, y el 13 de enero del mismo año, previo un proceso inquisitorial, le mandó á degollar en unión de cuatro ó cinco sujetos más, acusándolo falsamente de quererse alzar con unos navíos construidos con autorización y auxilios que le dió el propio Pedrarias.

Un piloto que estaba á la sazón en el Darién, llamado Andrés Niño, previendo el fin de Balboa, se dirigió inmediatamente á España con objeto de solicitar la concesión de los navíos embargados.

Niño no pudo lograr nada por sí en la Corte; pero habiéndose puesto de acuerdo con Gil González, hidalgo de la ciudad de Avila y hombre que gozaba de la protección valiosa del Presidente del Consejo de Indias, logró por este medio, el 18 de junio de 1519, que el Rey se las concediera para el descubrimiento de las islas de la Especiería; recibiendo González un auxilio de tres mil pesos y todo lo más que necesitó para el viaje, el título de Capitán General de la Armada, la cruz de Santiago y la orden para que Pedrarias le entregara los buques de Balboa y doce piezas de artillería.

Los expedicionarios hicieron sus preparativos en Sevilla, cuyo costo, comprendiendo tres navíos con mercaderías y provisiones de todo género, ascendió á 3.795,833 maravedises, de los cuales 351,948 fueron dados por Gil González; 551,814 por Cristobal de Haro; 1.058,068 por Andrés Niño; y 4,000 castellanos por el Rey.

Andrés de Cereceda fué nombrado Tesorero de la expedición. Ésta salió de San Lucas Barrameda el

13 de setiembre de 1519 á bordo de las naves *Victoria* de 56 toneladas, *Santa María de la Merced* de 100, y *Santa María de la Consolación* de 75.

La expedición tocó en La Española (Santo Domingo) en donde se proveyó de muchas cosas que le faltaban, entre ellas de 35 yeguas, 2 bueyes y dos carretas.

Continuó el viaje con viento próspero y desembarcó en el puerto de Acla (Tierra Firme) en enero de 1520.

Llegado Gil González al Darién, entró en dificultades con Pedrarias, que nunca le entregó nada; y después de mil trabajos logró fabricar tres buques en el río de Las Balsas, pero los perdió y tuvo que construir otros nuevos y organizar su expedición en la isla de Perlas, de donde salió con cuatro embarcaciones, el martes 21 de enero de 1522.

Apenas habría caminado unas cien leguas al occidente, cuando advirtió que toda la vasija en que conducía el agua estaba deshaciéndose y que los buques empezaban á llenarse de broma. Determinó, pues, saltar á tierra para reponer la vasija y carenar las embarcaciones.

Mientras se reparaban los buques, dispuso el Capitán General hacer una excursión en el interior del país, con cien hombres y cuatro caballos, y dejó prevenido al piloto para que cuando estuviesen aderezados los navíos, navegara unas ochenta ó cien leguas adelante, sin desviarse de la costa y lo aguardara.

Gil González atravesó parte de la actual República de Costa-Rica y se hizo muy amigo del cacique Nicoya, jefe de los orotinas, á quien convirtió al catolicismo y de quien recibió catorce mil pesos de oro (1) y seis pequeños ídolos del mismo metal.

(1) El peso de oro según Humboldt equivalía á un castellano—
(N. del A.)

El cacique Papagayo le regaló también 259 pesos de oro bajo.

La excursión de Gil González llevaba por objeto reunir oro entre los indios y buscar la comunicación inter-oceánica, que se suponía existente en territorio americano.

Por medio del cacique Nicoya tuvo noticia de la existencia de un país inmediato mucho más rico, gobernado por el poderoso cacique Nicarao y cuyas bellezas naturales y situación topográfica le fueron descritas con toda la poesía de la imaginación indígena.

Gil González no vaciló en dirigirse á aquel territorio, á pesar de lo mucho que le ponderaron la fuerza y poderío del cacique.

Penetró resueltamente, y después de tomar sus precauciones, envió una embajada á Nicarao, proponiéndole la paz, si aceptaba la fe católica y la sumisión al Rey de Castilla ó invitándolo á la guerra en caso contrario.

Nicarao, que ya tenía noticia de los españoles, aceptó la paz y recibió con mucha pompa y solemnidad al soberbio conquistador, á quien dió diez y ocho mil quinientos seis pesos en su mayor parte de oro bajo, mucha ropa y algunas plumas ricas. (1) En cambio González le regaló una camisa, una gorra de paño de grana y algunos dijes.

Después de algunas pláticas en que el cacique confutó valientemente los misterios del catolicismo, demostrando una inteligencia bastante despejada, convino en aceptar el bautismo para él y toda su Corte.

Estas repentinias conversiones de los indios, como

(1) El Doctor Ayón, siguiendo á Levy y á Herrera, dice que fueron 25 mil pesos; pero hemos tenido á la vista la carta irforme de Gil González al Rey de España—(N. del A.)

bien se comprende y lo ha demostrado el cronista Oviedo, no eran sinceras. Obligados por el temor, creían con justicia salvar á bien poco precio sus vidas, con sólo consentir en el acto de dejarse mojar la cabeza, que les parecía de ninguna importancia.

Así se vió con frecuencia que los mismos bautizados corrían presurosos á recibir nuevo bautismo, cada vez que llegaban partidas de españoles, y que si cerraban los templos y botaban los ídolos mientras los amenazaba el peligro, tan luego se alejaba, volvían á sus anteriores ritos y ceremonias.

Para afirmar en su fe á los nuevos conversos, dispuso Gil González llevar en procesión solemne una cruz y colocarla en la cumbre del sacrificial que tenían los indios en la plaza del pueblo. El Capitán español subió las gradas hincado de rodillas y derramando lágrimas.

Nicarao tomó también otra cruz y fué á colocarla en el templo. Aquella divertida ceremonia carecía de repugnancia para él, una vez que en la religión de los nahoas, que él profesaba, la cruz era el símbolo del dios de las lluvias.

Pasaron de treinta y dos mil los indios que se bautizaron en los pocos días que permaneció Gil González en Nicaraocalli, capital del cacicazgo. Los caciques de los pueblos circunvecinos acudían con multitud de gentes y se disputaban al Capellán que administraba el bautismo.

De Nicaraocalli pudo Gil González contemplar el bello lago de Cocibolca, en cuyo centro se levantaba magestuosamente la isla de *Ometepe* (dos cerros).

El Capitán español fué á reconocer aquel lago y le dió el nombre de Mar Dulce.

Preguntó á Nicarao si aquel lago se unía con el mar del Norte, y le contestó, que ciertamente se unía más

adelante por medio de un caudaloso río; pero que el lago se hallaba á alguna distancia del mar del Sur, aunque podía comunicar con éste por medio de otro lago que se encontraba al Setentrión.

Quiso internarse á reconocer el país y Nicarao le facilitó hombres y unos de sus generales para que le acompañaran.

Recorrió muchos lugares, que aunque no eran grandes, se hallaban muy poblados y en los caminos le salían multitud de indios, ansiosos de ver hombres con barbas y conocer los caballos.

González, queriendo impresionar más á los indios, mandó hacer 25 barbas postizas, con pelo de cabeza y las colocó en otros tantos manebos, que aún no las tenían, para aumentar el número de los barbudos.

CAPÍTULO VI

Continuación de la conquista de Nicaragua

Oro que recoge Gil González—Descubre el Golfo de Fonseca—Su regreso—Recibimiento del cacique de Diriangén—Batalla con éste—Hostilidades posteriores—Embárcase y regresa á Panamá—Su disputa con Pedrarias—Huye á Santo Domingo—Prepárase para expedicionar sobre Honduras—Pedrarias envía á Nicaragua á Hernández de Córdoba—Fundación de las ciudades de Bruselas y Granada—Reconocimientos del lago de Cocibolca—Fúndanse las ciudades de León y Segovia—Encuentro de Hernández y de González en Honduras—Acción de Toreba—Llegan los tenientes de Cortés á Honduras—Traición de Cristobal de Olid—Desastre y prisión de Las Casas—Sale Cortés para Honduras

En su excursión por las poblaciones inmediatas al territorio de Nicaraó, Gil González recogió oro, esclavos y abundantes provisiones que los indígenas le regalaron espontáneamente para él y sus soldados.

Una guerra que había estallado entonces entre Diriangén, cacique de Diriamba, y Tenderí, cacique de Nindirí, le obligó á apartarse al oeste del lago en la comarca de Nagrando, y pudo entonces ver el lago de Xolotlán, (Managua) desde la ciudad indígena de Imabite, capital de los nagrandanos, en donde fué recibido de paz.

Continuando su marcha un poco al Norte, encontró Gil González un gran golfo que llamaban de Chorotega, al que dió el nombre de Fonseca en honor del

Presidente del Consejo de Indias, que llevaba ese apellido.

Sin haber podido averiguar nada cierto sobre la comunicación inter-oceánica, el Capitán español regresó por el mismo camino con dirección á Nicaraoalli.

Acercábase al término de su viaje, cuando salió á encontrarle al camino el cacique de Diriangén precedido de 500 hombres, cada uno de los cuales llevaba un pavo montés de regalo.

Tras ellos marchaban diez individuos con banderas blancas; en seguida diez y siete mujeres adornadas con muchas placas pequeñas de oro y llevando 200 hachuelas del mismo metal; y por último el cacique, rodeado de los señores de su Corte y acompañado de cinco tañedores de pífano.

Al acercarse á los españoles desplegaron las banderas, y tanto el de Diriangén como sus quinientos hombres, tocaron la mano á Gil González á quien ofrecieron los pavos. Una de las mujeres le dió, además veinte hachuelas de oro de 14 quilates.

Los músicos estuvieron tocando durante un rato, cerca de la posada del jefe castellano, y habiendo preguntado éste al de Diriangén sobre el objeto de su visita, contestó que la motivaba el deseo de conocer á los hombres con barbas, montados en animales de cuatro piés.

La visita se verificaba en el territorio de los caciques de Nochari, á seis leguas del de Nicarao. Llamábanse esos caciques Ochomogo, Nandapia, Mombacho, Nandaime, Morati y Goatega, los que regalaron 33,434 pesos de oro bajísimo y permitieron el bautismo de 12,607 personas de su jurisdicción.

Agasajó Gil González al cacique recién llegado y sin esperar más, después de haber tomado y guardado el oro muy bajo que también llevó, que representaba el

valor de 18,818 pesos, le dirigió la acostumbrada invitación de recibir el bautismo, á lo que contestó el indio, pidiendo tres días de plazo para determinarlo.

El astuto cacique, que sólo procuraba ganar tiempo para asegurar un golpe contra los invasores castellanos, aprovechó los tres días en contarlos y observarlos bien; y tomando su resolución, cayó de improviso sobre ellos, el 17 de abril, al frente de cuatro mil indios.

Tan confiados estaban los españoles, que habrían sido sorprendidos por completo, á no haberles dado aviso un indio de los de Nicaragua, cuando ya los de Diriangén estaban á un tiro de bayeta.

Montó Gil González á caballo y ordenó la defensa arremetiendo con los suyos y trabándose un combate cuerpo á cuerpo, en el que durante diez minutos permaneció indeciso el resultado.

La victoria se decidió al fin por los españoles, que tuvieron siete heridos y un prisionero, al cual pudieron rescatar, gracias al empeño de los indios en conservarlo vivo para el sacrificio.

No dejaron los naturales á los compañeros heridos, ni á los que habían muerto en el combate, por lo que fué difícil saber con certeza el número de sus pérdidas.

Concluida la batalla se celebró un consejo de guerra en el campo español, en el que tuvieron voz y voto hasta los simples soldados, y en él se decidió abandonar la empresa por el momento y volver á la costa en busca de los navíos, dejando para otra ocasión el continuar la conquista del país. No era este el parecer de González, que estaba por atacar á los indios y acabar de destruirlos; pero tuvo que ceder á la voluntad de los demás.

Ordenóse la marcha con varias precauciones, for-

mando un cuadro en cuyo centro caminaban los heridos, el oro y el tren del ejército.

Al atravesar Nicaraoalli, residencia del cacique Nicarao, nadie los molestó; pero no bien pasaron la población, comenzaron los indios á aparecer por la retaguardia en actitud hostil, dando voces y aconsejando á sus paisanos que llevaban las cargas, que las dejaran y abandonaran á los españoles

Fué aumentando por grado la osadía de los nicaraoallitanos, hasta hacer necesario el uso de las armas. Trabóse con éstos, un nuevo combate de casi todo el día, en el que los españoles se batían en retirada, arremetiendo de vez en cuando con los caballos y sembrando el pánico en las filas enemigas.

Cuando estaba para ponerse el sol, enviaron los indios parlamentarios á pedir la paz y á excusarse diciendo que no era Nicarao quien había ordenado aquel ataque sino otro cacique llamado Zoatega, que á la sazón se hallaba en la ciudad. (1)

Gil González aceptó las excusas y concedió la paz, aunque haciendo presente que había visto y conocido á algunos del pueblo y que si volvían á hacerle la guerra, los escarmentaría ejemplarmente.

Continuaron los españoles su penosa marcha sin encontrar impedimento hasta llegar al golfo de San Vicente, en donde los aguardaba Andrés Niño con los buques.

Determinóse el regreso (2) para Panamá y después

(1) Llamado *El Viejo*, cacique de Tezoatega (Chinandega), su verdadero nombre era Agateyte—(N. del A.)

(2) El señor Doctor Ayón en su *Historia de Nicaragua*, dice que después de la retirada de González, éste volvió á Nicaraoalli y obtuvo de Nicarao un General que le dió, para que lo guiara hasta el interior. Ni Oviédo, ni Herrera hacen tal afirmación, ni

de una navegación feliz, pudo Gil González verificar su entrada en aquella ciudad el 25 de junio de 1523.

Mientras González expedicionaba por tierra en un trayecto de 224 leguas castellanas, que fueron las que recorrió, según informó al Rey, Andrés Niño con la Armada exploró las costas del Pacífico desde el golfo de Nicoya, en que reparó sus buques, hasta Tehuantepec

Por este mismo tiempo se llevaba á efecto la pacificación de Costa-Rica, que costó nueve años de luchas incesantes con el famoso cacique Urraca.

Al llegar Gil González á Panamá se ocupó preferentemente en hacer fundir el oro recogido, que ascendió á 112,524 castellanos y tres tomines; habiendo además recogido 145 castellanos de perlas finas.

Apartóse desde luego la cantidad que correspondía al quinto real, y se preparaba González á embarcarse para Santo Domingo, desde donde pensaba enviarlo á España, cuando Pedrarias, que como se recordará no lo veía con buenos ojos, exigió que la entrega se hiciera á él.

González se opuso y se marchó en secreto á Nombre de Dios, saliendo en su alcance Pedrarias, aunque sin resultado alguno.

De Santo Domingo escribió Gil González al Rey, pidiendo la gobernación de las tierras descubiertas por él, con el ofrecimiento de adquirir grandes riquezas para la Corona. Envió á su Tesorero Cereceda con el

parece razonable que después de la resolución del Consejo, en que González tuvo que retirarse obligado por los suyos y por la actitud de los indios, éste hubiera vuelto de paz y se hubiera internado hasta la bahía de Fonseca. El señor Ayón siguió á López Gomara que suele ser muy inexacto, como que nunca estuvo en América—(N. del A.)

quinto real á que solicitara el permiso de la Corte para salir á buscar por las costas de Honduras, el desaguardero del lago de Cocibolca, que imaginaba habría de estar por aquel rumbo.

Mientras tanto Gil González Dávila, con su actividad característica se ocupó en preparar la expedición á Honduras, á cuyo territorio llegó con su escuadrilla el año de 1524.

Cuando González salía de Santo Domingo para Honduras, Pedrarias lleno de ambición por una parte, y queriendo vengarse por otra, equipó una escuadrilla en Panamá, que puso bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, á quien nombró Teniente General, dándole orden de desembarcar en las costas de Nicaragua y ocupar todo lo que Gil González había conquistado.

Era Francisco Hernández de Córdoba un hidalgo natural de Andalucía, valeroso y desinteresado, y escogió para compañeros á compatriotas suyos, que fueron los primeros pobladores españoles de Nicaragua.

Hernández de Córdoba salió de Panamá en 1524 (1) y desempeñó fielmente las instrucciones de Pedrarias.

Desembarcó en el golfo de Nicoya como Gil González, y siguió el mismo derrotero de éste, para llegar á Nicaragua.

En el pueblo indio de Orotina fundó la ciudad de Bruselas, que fué destruida algunos años después por Diego de Salcedo.

De Bruselas llegó á Nicaraocalli y abriéndose campo á punta de espada, pasó en seguida á la Provincia del cacique Nequecheri, jefe de los dirianes, no sin

(1) El señor Ayón, Milla, don León Fernández y otros autores, dicen que Hernández salió de Panamá en 1523. Habiendo regresado González en 1524, no pudo Hernández salir en 1523. Además, consta en documentos oficiales la salida en 1524—(N. del A.)

grandes dificultades, pues tuvo con los habitantes de aquellas comarcas sangrientas batallas, cuyos pormenores no han llegado hasta nosotros.

A orillas de la ciudad indígena de Jalteba, residencia del cacique Nequecheri, fundó Hernández otra ciudad á la que, en honor de Andalucía su patria, dió el nombre de Granada, que conserva hasta el día.

Inmediatamente después mandó construir la fortaleza del "Fuertecito" á orillas del lago, á levantar un suntuoso templo á San Francisco que existe hasta hoy, y á llevar en piezas y al hombro, desde la bahía de Salinas, un bergantín con el cual hizo reconocer el lago.

El encargado del reconocimiento fué el Capitán Rui Díaz, que exploró el lago hasta dar con el buscado Desaguadero, por el que bajó regresando atemorizado del primer raudal.

Aguijoneada la curiosidad de Hernández, despachó una segunda expedición con el objeto de reconocer el río del Desaguadero y ver si era navegable hasta el Atlántico, y la encomendó á Hernando de Soto, aquel famoso capitán que se distinguió tanto en el Perú donde se enriqueció con el tesoro de Atahualpa, siendo más tarde Gobernador de Cuba, Adelantado de Florida y descubridor del Mississipi; pero Hernando Soto no fué más animoso que Rui Díaz y no pasó adelante del pueblecito de *Voto*, situado á la margen derecha del río, un poco más arriba del raudal de Toro.

En este tiempo el lago de Cocibolea ó Mar Dulce principió á llamarse Nicaragua, por corrupción de las palabras *Nicarao-agua* ó agua de Nicarao, con que por humorada lo designaban los andaluces de Granada.

Pasó después Córdoba á la provincia de Imabite, dejando atrás la grande y populosa ciudad indígena de Masaya y fundó, á orillas del lago Xolotlán, la primera ciudad de León, á la que también dotó de tem-

plo y fortaleza, y envió religiosos que catequizaran y bautizaran á los indios, acompañados de un capitán y algunos soldados que reconocieron la tierra en un espacio de 80 leguas.

Después de haber fundado la ciudad de Segovia á orillas del río Yare, y conquistado la mayor parte del territorio, Hernández se internó en el de Hondúras, llegando hasta cerca de Olancho, en donde á la sazón andaba también Gil González en busca del *secreto del estrecho* ó comunicación inter-oceánica.

Hernández hizo avanzar á Gabriel de Rojas con algunos soldados, y pronto se avistó este jefe con Gil González, que lo recibió amablemente, manifestándole que no tenía inconveniente en darle á él personalmente parte en las utilidades de la conquista; pero que, como á oficial de Pedrarias, no le permitiría la menor intervención, pues no tenía que hacer en aquella tierra.

Informado Córdoba de la arrogante contestación de González, envió sin pérdida de tiempo, á Hernando de Soto con fuerza suficiente y con orden de capturar al que consideraba como rebelde.

González, que ya presumía el resultado de su respuesta, sorprendió á su adversario en el pueblo de Torreba; pero á poco rato, viendo que la lucha se prolongaba con pérdidas para él, pidió falsamente la paz, mientras le llegaba un refuerzo, con el que cayó nuevamente sobre su adversario, derrotándolo y quitándole ciento treinta mil pesos de oro bajo que conducía.

Aun no había reorganizado su gente Gil González, cuando le llegó noticia de que una nueva expedición española invadía su conquista por el Norte. Dejando en libertad á Soto y á algunos prisioneros que había hecho, se dirigió á marchas forzadas á Puerto Caballos.

Eran los nuevos expedicionarios nada menos que los conquistadores de México, que venían á tomar par-

te en las contiendas de los expedicionarios de Centro-América, atraídos por la fama de riqueza que en un principio se dió á estos países, y obrando por su propia cuenta y sin ningún temor á las disposiciones de la Corte:

Hernán Cortés, luego que hubo tomado la ciudad de México y acabado de someter el imperio de Montezuma, deseoso por una parte de aumentar sus conquistas, y por otra de alejar de sí á ciertos hombres ambiciosos á quienes los méritos contraídos durante la guerra habían inspirado pretensiones peligrosas, determinó enviar expediciones capitaneadas por esos mismos hombres, á conquistar y pacificar pueblos distantes.

Teniendo noticias exageradas de la riqueza de Honduras, envió Cortés dos expediciones á este punto; una por tierra, al mando de Pedro de Alvarado, que fué el conquistador de Guatemala, y otra por agua, al mando de Cristobal de Olid, dos de sus principales y más distinguidos tenientes en la guerra de México.

Olid traicionó á Cortés y éste envió á su deudo Francisco de Las Casas con fuerzas suficientes para la captura del rebelde.

A pesar del valor y superioridad numérica de las fuerzas que comandaba Las Casas, después de mucho batirse tuvo que entrar en pláticas con Olid, y mientras lo verificaba, fueron estrellados sus buques por un fuerte norte, de cuya oportunidad se valió su enemigo para vencerlo y reducirlo á prisión.

Después de la salida de Las Casas, temeroso Cortés de un mal éxito, determinó ir él mismo en persona á castigar á Olid.

Nada fué bastante para distraerlo de su propósito, y el 12 de octubre de 1524, salió de México con 150 caballos, 250 hombres españoles y 3,000 indios auxi-

liares, y se dirigió por tierra y por la vía de Tabasco al territorio hondureño.

Dejaremos al famoso conquistador en su azarosa expedición de dos años en que apuró inútilmente tantas amarguras, y continuaremos con la reseña de los sucesos que más inmediatamente se relacionan con Nicaragua.

CAPÍTULO VII

Terminación de la conquista de Nicaragua

Gil González se encuentra con Olid—Es reducido á prisión por este jefe—Asesinato de este caudillo—Llegada del fiscal Moreno—Sus inteligencias con Hernández—Disgusto de los capitanes Soto y Campañón—Divisiones en Nicaragua—Dirígese Hernández al Fiscal—Conducta de Cortés—Llegada de Pedrarias Dávila—Proceso y ejecución de Hernández—Disputas de Pedrarias con Salcedo—Éste invade á Nicaragua—Pedro de los Ríos es nombrado Gobernador del Darién—Regresa Pedrarias al Darién—Dirígese Salcedo á Nicaragua—Procedimientos crueles é inhumanos para con los indios—Miseria del país—Llegan á León, Salcedo y Pedro de los Ríos—Los regidores desconocen al último—Destrucción de la ciudad de Bruselas—Gil González es enviado de México á España—Su nombramiento y muerte—Le sucede Pedrarias Dávila—Nómbrase á Fray Pedro de Zúñiga, primer Obispo de Nicaragua

Dejamos á Gil González Dávila en camino para Puerto Caballos, después de haber vencido á Hernando de Soto.

No tardó en encontrarse con Olid, y considerando prudente no enemistarse con este jefe por lo pronto, le escribió en términos corteses y le propuso alianza. Olid le contestó con expresiones de amistad, aunque uno y otro sólo trataban de engañarse mutuamente.

Una vez vencido Las Casas, Olid envió á capturar á Gil González por no haberle auxiliado oportunamente.

El Capitán Juan Ruano, encargado de su prisión lo sorprendió una noche en Choloma y lo condujo á Na-

eo, en donde lo recibió Olid tratándolo con todas las consideraciones debidas á un caudillo en desgracia.

Las Casas y González instaron mucho por su libertad, y no habiendo podido obtenerla, abusando de la confianza de Olid con quien vivían, una noche le asesinan á puñaladas.

Después de este asesinato, determinaron Las Casas y Gil González, irse á México por el camino de Guatemala, para dar cuenta á Cortés de los sucesos de Honduras.

Tres días después de los acontecimientos últimamente referidos, llegó en una carabela el fiscal Pedro Moreno á quien enviaba la Audiencia de Santo Domingo, para pacificar los pueblos de Honduras y pasar después á Nicaragua, en donde debía procurar que Francisco Hernández de Córdoba dejase la conquista de esta Provincia á Gil González, su primer descubridor.

El fiscal, contrariando sus instrucciones, escribió á Hernández de Córdoba, aconsejándole que, supuesto disponía de fuerzas suficientes, solicitara del Rey el nombramiento de Gobernador de la Provincia conquistada y de las que en lo sucesivo conquistase.

Despertada la ambición de Hernández con el consejo del fiscal, reunió á los principales del pueblo para tratar con ellos del asunto, y aunque casi todos convinieron, los capitanes Hernando de Soto y Francisco de Campañón se le opusieron enérgicamente.

Enojado Hernández por la oposición que se le hacía, redujo á prisión á Soto; pero fué sacado por Campañón que, al frente de doce hombres, proclamó la rebelión en nombre de Pedrarias, dirigiéndose ambos capitanes á Panamá por el camino de tierra.

Los ánimos se dividieron en Nicaragua, y mientras unos habitantes se negaban á reconocer á Hernández

en otro carácter que en el de teniente de Pedrarias, otros le apoyaban ciegamente. Para cambiar este modo de ser excepcional, Hernández envió á Honduras un comisionado á buscar al fiscal Moreno, con objeto de que viniera á calmar el descontento, mostrando las órdenes de la Audiencia, en virtud de las cuales se le confería provisionalmente la Gobernación de Nicaragua.

El Capitán Garro, que fué el comisionado escogido por Hernández, fué apresado con toda su escolta en territorio hondureño, cerca del pueblo de Naco, por Gonzalo de Sandoval, Teniente de Cortés á la sazón en aquel territorio.

Informado Sandoval de lo que ocurría en Nicaragua, dió parte á su jefe que se hallaba en Trujillo.

Cortés manifestó al capitán Garro, que estaba dispuesto á ayudar á Hernández á quien ofrecía su amistad; y para más halagarlo, le envió con él mismo un regalo de dos cargas de herramientas para el laboreo de las minas, varios vestidos costosos, cuatro trozos de plata y muchas joyas de gran valor.

Desgraciadamente para Hernández, los acontecimientos de México reclamaron perentoriamente la presencia de Cortés que, pensando en su pronto regreso, sólo se ocupó en sus preparativos de marcha, olvidando sus anteriores miras sobre Nicaragua.

Mientras tanto Soto y Campañón llegaban á Panamá é informaban de todo á Pedrarias. Éste, que además tenía necesidad de abandonar á Panamá en aquellos días, determinó venir á Nicaragua á castigar á su Teniente.

Pedrarias juntó el mayor número de gente que pudo despoblado á Panamá, y se embarcó, en enero de 1526 para Nata, donde recibió nuevos informes de la rebelión de Hernández.

Poco después se hizo á la vela con dirección á Ni-

caragua y desembarcó en la isla de Chira, en abril del mismo año, yendo por tierra á reunirse con él en Nicoya, cuatro leguas al oeste, una escogida fuerza al mando de Benito Hurtado y de Hernando de Soto.

El astuto Pedrarias no quiso dar tiempo á Hernández de fortificarse, ni de recibir el socorro que esperaba de Hernán Cortés, y temiendo que la lenta marcha de sus tropas y su incapacidad física, en razón de sus dolencias, le hicieran perder un tiempo precioso y le expusiesen á aventurar su fortuna y su vida á la suerte de las armas, resolvió despachar con anticipación, en calidad de negociador, á su favorito Martín Estete.

Adelantóse el comisionado de Pedrarias y llegó á Granada en son de amigo; mas luego que se hizo cargo del estado de los ánimos y que notó el descontento de algunos de los compañeros de Francisco Hernández, con una astucia digna de su protector, lo redujo á prisión y lo encerró en la propia fortaleza de Granada, que Hernández había construido más para resistir á Pedrarias que á los indios.

Sin demora comunicó Estete tan feliz nueva á su jefe que se hallaba en camino, próximo á llegar á Granada.

Ordenó Pedrarias al Licenciado Diego de Molina, su Alcalde Mayor, que procesara á Hernández; pero cuando seguía su curso el proceso, llegaron los mensajeros de Cortés, cuya carta á Hernández cayó en manos de Pedrarias.

El prudente Cortés aconsejaba á Hernández que se mantuviera en la obediencia de Pedrarias; pero lo agasajaba y le hacía entrever su proyecto de viaje á Nicaragua, prometiéndole que si las circunstancias lo permitían le daría apoyo. No necesitó de más para que estallara la cólera del Gobernador.

Casi á continuación se supo en Granada que Pedro de Alvarado se hallaba en San Miguel y que se adelantaba hacia Choluteca, por lo cual Pedrarias envió á Hernán Ponce de León y Andrés Garavito como emisarios, para que astutamente detuvieran su marcha, despachando en pos de ellos al capitán Campañón con alguna fuerza; y á fin de estar más cerca del teatro de los acontecimientos, resolvió salir de Granada y establecer sus reales en León, llevando preso á Francisco Hernández, quien poco después fué condenado á muerte y ejecutado en esta ciudad en el mes de junio del año de 1526. (1)

Así terminaron los días del que fué valiente conquistador de la mayor parte del territorio nicaragüense y fundador de sus principales ciudades.

Pedrarias se encargó entonces del gobierno de la Provincia, alegando que era dependencia de Castilla del Oro, de donde realmente era Gobernador.

Deseoso de aprovechar los disturbios de Honduras, después de la partida de Cortés, y de apoderarse del puerto de Trujillo, envió el año de 1527 á un escribano y dos regidores de la ciudad de León, á intimar al jefe de dicho puerto y á sus principales vecinos, que le prestaran obediencia como legítimo Gobernador de aquel territorio.

Ignoraba Pedrarias que Diego López de Salcedo

(1) Los señores Milla, en su *Historia de la América-Central* y Ayón en su *Historia de Nicaragua*, refieren que Pedrarias se presentó en León, donde estaba Hernández, y que éste confiado en que podía desvanecer los cargos y ateniéndose á la antigua amistad que le ligaba con su jefe, lo recibió como amigo. Tal versión es inexacta, si hemos de creer á lo que resulta de los documentos del archivo de Indias, que últimamente ha publicado don Manuel María de Peñalta en su obra titulada *Nicaragua, Costa-Rica y Panamá*, de donde hemos sacado estos datos—(N. del A.)

acababa de ser nombrado Gobernador de la provincia de Honduras y que éste á su vez ambicionaba el mando de Nicaragua con cuyas riquezas soñaba.

De esta suerte los emisarios de Pedrarias encontrando cambiadas las cosas en Honduras, quisieron volverse, pero Salcedo los detuvo para llevarlos consigo á Nicaragua.

Al efecto, alistó ciento veinte hombres montados y partió, llevando consigo al escribano y regidores.

Por este tiempo la Corte de España envió á Panamá á Pedro de los Ríos, con orden de residenciar á Pedrarias y de sustituirlo en el gobierno de Castilla del Oro.

El nuevo Gobernador comenzó desde luego por quitar al antiguo los indios que tenía encomendados y la isla de Perlas, que destinó á sí mismo.

Informado Pedrarias de lo que pasaba y estando muy pronunciado en su contra el sentimiento público de los colonos nicaragüenses, que estaban desesperados de un gobierno tan opresor, se trasladó nuevamente á Panamá, dejando encargada la gobernación de Nicaragua á su lugarteniente Martín Estete, que tomó posesión de ella en el mes de enero de 1527. (1)

Una vez en Panamá, el astuto Pedrarias halagó con tal arte la codicia del nuevo gobernador, que no tardó en convertirse de residenciado en consejero.

Estando fija su mirada en Nicaragua y sabiendo los propósitos de Salcedo, Pedrarias, que deseaba ponerlos frente á frente, persuadió fácilmente á Pedro de los Ríos, de que debía ir á aquella Provincia, llevando

(1) El señor Ayón siguiendo á Milla dice, que la gobernación fué encargada á Rojas, Alvarez y Garavito, lo cual no es exacto— Véase Peralta, atrás citado—(N. del A.)

varios artículos de comercio, que realizaría ventajosamente para tomar posesión de su territorio por corresponder á la jurisdicción de Castilla del Oro.

En el entre tanto, Salcedo, que había salido de Trujillo, tuvo noticia á dos jornadas de camino, de que varios españoles de los de Nicaragua, habían cometido algunos desórdenes con los habitantes de aquellas poblaciones, y sospechando que fuesen aliados de los emisarios de Pedrarias los envió presos á Santo Domingo.

La Audiencia, juzgando las cosas sin pasión, les dió libertad y recomendó á Salcedo que se volviera á su gobernación de Honduras.

La ambición cegaba á Salcedo, y desentendiéndose de la saludable advertencia que recibió, continuó su marcha á Nicaragua, señalando su paso por los pueblos con diferentes vejaciones y crueldades para con los naturales. Los ahorcaba, ó los herraba ó los mandaba vender como esclavos; los reventaba á fatigas y maltratos, y llegó á ser tanta la hostilidad, que los infelices indios huían á los bosques y perecían de hambre, por tal de no sembrar granos para que los españoles sufrieran también escaseces.

La miseria llegó á ser entonces espantosa, y la propia gente del Gobernador tuvo que alimentarse de yerbas que recogía en el campo.

Después de permanecer en Olancho un mes, cometiendo toda clase de crueldades con los infelices naturales, Salcedo continuó su marcha á León, donde fué bien recibido por los colonos, que se encontraban estrechados á la vez por numerosas huéstes de indígenas, rebelados por el trato inhumano que recibían.

La codicia era el flaco del nuevo Gobernador y tentado de ella, apenas llegó á León, por el mes de abril de 1527, quitó las encomiendas á quienes las tenían, y de ellas, unas se aplicó á sí mismo y otras dis-

tribuyó entre sus compañeros y sirvientes, captándose con esto las odiosidades de todos los despojados.

Los indios de Nicaragua, que también sufrían el rigor extremo y la insaciable codicia de sus dominadores, tomaron la misma determinación que los de Olancho, negándose á trabajar en las minas y á cultivar la tierra, y muriéndose de hambre y miseria en los bosques; pero los castellanos no por esto disminuyeron sus crueldades. Los perseguían con perros que los destrozaban, y á los sobrevivientes, marcándolos con hierros encendidos, mandábanlos á vender á Panamá, en donde tampoco eran mejor tratados.

En aquellas circunstancias se presentó en Nicaragua Pedro de los Ríos, procedente de Panamá y que como se recordará, pensaba disputar á Salcedo la posesión de la Provincia.

Habiendo, pues, dos gobernadores en León, se reunieron los regidores con objeto de resolver en caso tan extraordinario.

La resolución tuvo naturalmente que inclinarse á Salcedo que era el que sembraba el terror y el que contaba con ejército y poder.

Salcedo, llevado de su natural despótico, quiso deprimir más á su rival y le previno que se marchara de la Provincia dentro de tercero día, bajo pena de diez mil pesos de multa. Ríos, que estaba entonces enfermo, tuvo que salir inmediatamente y se detuvo á convalecer algunos días en la ciudad de Bruselas.

Al saber Salcedo la permanencia de Ríos en Bruselas, envió al capitán Garavito con orden de expulsarlo y castigar ejemplarmente á los vecinos de la ciudad.

Ríos no aguardó la llegada de Garavito; pero éste, á pesar de no haberlo encontrado, llevó á su debido efecto la orden de Salcedo y arrasó la ciudad por completo.

Los colonos de Nicaragua se dirigieron al Rey instándolo vivamente para que les diese gobernador propio, y al mismo tiempo Pedrarias envió á la Corte una larga relación de las riquezas de esta Provincia y puso en juego todas sus influencias para que se le diera la gobernación de ella.

Gil González Dávila, á quien dejamos en camino para México, fué encarcelado en esta ciudad por orden de los tenientes de Cortés, en noviembre de 1525. Enviado luego á España, preso bajo su palabra de honor y á las órdenes del Alguacil Mayor Antonio de Villarroel, naufragó en la Isla de Fayal, de donde continuó sólo hasta Madrid. Encarcelado también en España, por el asesinato de Olid, al fin logró salir bien, y regresaba ya con su nombramiento de gobernador de Nicaragua á tomar posesión de la Provincia, cuando la muerte lo sorprendió en Avila el 21 de abril de 1526, dejando tres hijos pequeños de su mujer doña María de Guzmán. (1)

Muerto Gil González, á quien como descubridor correspondía con mejor derecho la Gobernación de Nicaragua, no hubo inconveniente en acceder á la solicitud de Pedrarias, á quien se nombró Gobernador y capitán general de Nicaragua, por real cédula de 16 de marzo de 1527, previniéndosele, sin embargo, que continuase dando residencia por medio de apoderado; pero se le desembargaron sus bienes y se ordenó á Salcedo y á Pedro de los Ríos que no se entrometiesen más en el manejo de la Provincia.

Al mismo tiempo que se nombraba gobernador á Pedrarias, hízose también el nombramiento del Licen-

(1) Mr. Levy, lo supone muerto en Valladolid á principios de noviembre de 1526; pero los documentos de Peralta dicen otra cosa. (N. del A.)

ciado Francisco Castañeda para Alcalde Mayor, del Chantre Diego Alvarez de Osorio para Protector de los indios, de los oficiales reales que habían de ejercer los empleos de Alcaldes de las fortalezas de León y Granada y de los Regidores para organizar el Real Ayuntamiento de León.

Separado de esta suerte el territorio de Nicaragua del de Castilla del Oro, fué organizada la Provincia en lo eclesiástico, elevándola á la categoría de diócesis y nombrándose primer Obispo al Franciscano Fray Pedro de Zúñiga. Muerto éste, antes de su salida de Cádiz, le sucedió el Protector don Diego Alvarez de Osorio á principios del año de 1532.

CAPÍTULO VIII

Noticia general de la conquista

Situación de Centro-América—Conducta de los conquistadores—Quiénes fueron éstos?—Política de España con las colonias—¿Qué cosa eran éstas?—Enajenación de las tierras Encomiendas—Abusos de los encomenderos—Castigos crueles—Calificación de los naturales—Aparecimiento de Fray Bartolomé de Las Casas—Resolución de Paulo III—Valor de los indios en el mercado—Tiranía de los conquistadores—América convertida en mina de explotación—Celo del Gobierno español—El clero castellano—Política de Carlos V—La alcabala y los demás impuestos—Teorías económicas—Los Galeones y la Flota—Los mandamientos de indígenas—La contribución del repartimiento—Descuido de España—Autoridades y división política de Centro-América

Centro-América durante la conquista y después de ésta, corrió en poder de los españoles, la misma suerte que el resto del Nuevo-Mundo.

Los conquistadores, como lo vimos en el capítulo III, hacía muchos años que sólo tenían por escuela los campos de batalla de sus feroces contiendas civiles y de sus guerras de reconquista con los árabes; y por hogares, desde que podían empuñar una arma, los cuarteles de campaña en que el rigor de la disciplina, la dureza del servicio militar y la continua vista de la sangre, iban poco á poco borrando la dulzura del carácter, la piedad y las demás virtudes cristianas que se imprimen en el corazón del hombre con el trato de la familia y con la vida tranquila y reposada de los pueblos consagrados á la industria.



No eran por consiguiente tales hombres, los que podían constituirse en apóstoles de una religión de amor y de la naciente civilización moderna, que traía por lema no sólo el respeto á la vida y la propiedad, sino también la luz para todas las inteligencias.

Si la sociedad en general se encontraba viciada en España por una educación defectuosa, debemos considerar que los pobres americanos no pudieron contar siquiera con lo mejor ni aun con lo mediano de ella.

Los que atravesaron los mares en frágiles naves para correr aventuras en tierras lejanas y desconocidas, tuvieron que ser, fueron por lo regular, la escoria de la sociedad española, sobre la que, como es consiguiente, sobresalió alguna que otra mediauña social á quien sus malas circunstancias arrojaron á nuestras playas.

La emigración á las Américas llevó siempre por norte el deseo vehemente de enriquecerse en poco tiempo para regresar luego á España á gozar de lo adquirido, ó el procurarse en América posición, honores y comodidades de que se carecía en la Península. Por ésto lo mejor de la emigración, lo menos malo de ella se encaminó á México, al Perú y á todos aquellos países en que abundaba el codiciado metal ó en que la facilidad de las comunicaciones y algunas otras circunstancias parecían acercar más el objeto que se traía en mira.

Las remotas provincias de la América-Central que apenas llamaban la atención de los codiciosos castellanos, tuvieron la mala suerte de recibir la peor parte de la emigración que venía de España.

Es cierto que en sus principios, atraídos por falsas noticias, estas provincias gozaron de alguna buena fama, y Cortés y algunos otros conquistadores de importancia no vacilaron en venirse á disputar la pose-

sión de su suelo; mas descubierto el engaño, se regresaban luego, dejando por único recuerdo alguna horrible y rripilante página de sangre.

Duro es confesarlo, pero la difícil y delicada tarea de la colonización centro-americana estuvo durante mucha parte del siglo XVI encomendada á las torpes manos de una soldadesca brutal y supersticiosa, recogida por lo común en los garitos, en las tabernas y no pocas veces en las inmediaciones de los presidios españoles.

Fácil es de suponerse lo que serían en tales manos nuestras desventuradas provincias.

Y como si tener por árbitros de la suerte de Centro-América á personas de esa clase fuese poca cosa, todavía vino á empeorar la situación la desatinada política de España con sus colonias, en las que legisló, tomando solamente en cuenta sus propios intereses y casi nunca los de los infelices pueblos americanos.

Viendo en sus posesiones trasatlánticas un inagotable venero, los hombres que enviaba la Metrópoli, en vez de venir á reparar los males causados por sus antecesores, sólo traían por objeto recoger el producto de las contribuciones y alcabalas y remitirlas en seguida, para ser gastadas en las guerras empeñadas en Europa.

Las posesiones americanas, por otra parte, no podían calificarse ni de colonias. No eran patrimonio de la Nación, sino de un hombre, el Monarca, que las reputaba su propiedad particular y procuraba explotarlas de la manera más productiva, sin fijarse en los medios.

Así es que en lugar de invertir grandes capitales que fecundizaran el suelo, de adoptar sistemas de cultivo y de crear grandes establecimientos que aumentaran la producción y la riqueza, no se pensaba más que en extraer sus metales, en gravarlas con censos y tribu-

tos y en cargar con su oro las flotas que enriquecían la Península.

Para el Gobierno español era la agricultura de ninguna importancia. Para él la única fuente de riqueza estaba en las minas de oro ó de plata; y conviniendo á su política que las tierras descubiertas tuvieran un solo dueño, á fin de que éste satisficiera el impuesto, que era cuanto se procuraba, despojábase del terreno á los naturales y repartíase con extremada largueza entre los soldados; pero como nada podían hacer con sólo las tierras, aquellos hombres que eran incapaces de trabajarlas, se inventaron las *encomiendas* en las que, con el pretexto de la instrucción religiosa, cada soldado fué dueño de un número considerable de indios, de cuyo trabajo se aprovechaba empleándolos en la explotación de las minas, en los lavaderos de oro y en las faenas agrícolas, y tratándolos con tanta crueldad, que la encomienda resultaba ser peor que la misma esclavitud.

En Centro-América los encomenderos, declaraban esclavos sin reserva alguna á sus encomendados, marcándolos con un hierro encendido del que no excluían ni á las mujeres. De la misma manera que se llegaba al Africa á recoger esclavos, los españoles salían á caza de indios, los dejaban para sus labores, los alquilaban para las agenas, los permutaban ó los vendían en sus mercados y los exportaban para la Habana y para otros lugares.

En Nicaragua la cosa era más expedita. Llamaban á los caciques y les exigían el número de indios que necesitaban; y si faltaba uno solo, los castigaban quemándolos vivos ó echándolos á los perros para que los devorasen. Los caciques, así conminados, salían á los pueblos prorratando los hijos de familia de sus dependencias en medio de los llantos y alaridos del pueblo

Los castigos de que los encomenderos se valían, para compeler á los indios al trabajo, eran los azotes y todos aquellos que pueden ocurrírsele á una imaginación desocupada y llena de crueldad. Untarles el cuerpo con manteca hirviendo, mutilarlos, quemarlos con paja, ponerlos desnudos y atados sobre los hormigueros, tirarlos y aun matarlos de hambre ó á garrotazos eran casos frecuentes y de todos los días. (1)

En aquel tiempo los colonos de Santo Domingo, que era donde residía el Supremo Tribunal de la Audiencia, propagaron que los naturales del Nuevo-Mundo no eran hombres racionales y que de consiguiente era lícito servirse de ellos como de las bestias del campo y disponer de sus bienes. Semejantes teorías fueron acogidas con entusiasmo por los colonos de Centro-América, y lo que es más raro, tuvieron eco en Europa y llegaron hasta la Corte de Roma.

Entonces apareció el gran filántropo español Fray Bartolomé de Las Casas, tomando á su cargo la defensa de la noble y desgraciada raza americana. Hizo siete viajes á España, en aquellos tiempos de tan difíciles y peligrosa navegación, puso en juego sus influencias y con un celo y una actividad extraordinaria, aquel verdadero apóstol del Cristo, logró aliviar mucho la situación miserable de los naturales.

En el entretanto, las descabelladas teorías sobre la racionalidad de los indios, llegaron á Roma; y refiere la tradición, que la Santidad de Paulo III, no se decidió á dar su célebre bula *Sublimis Deus*, de 10 de junio de 1537, hasta no saber que los americanos se reían, atributo que consideró peculiar de la raza humana.

En esa bula, en que también se dejó sentir la in-

(1) Real cédula de S. M., de 11 de marzo de 1550 al Presidente Cerrato, citada por Peláez.

fluencia del padre Las Casas, se declara que los indios son *verdaderos hombres*, y se previene que no se les prive de su libertad ni de sus bienes.

Semejante declaratoria fué de grandísima importancia en aquellos tiempos, y quien más la celebró fué el virtuoso Las Casas, leyendo y traduciendo el breve y enviándolo á todas partes, para que los religiosos lo notificaran á los españoles.

La Corte de España se estimuló también con esa declaratoria y se dictaron medidas más enérgicas en favor de los indios; pero los encomenderos encontraban siempre modo de eludir las disposiciones y el mal se acrecentaba diariamente, causando la rápida despoblación del territorio y el casi total desaparecimiento de la raza conquistada.

Se llegó á tener en tan poco valor á los indios en Nicaragua, que se daban hasta cien de ellos por un caballo, 80 por una yegua, un mozo por un queso, y una niña escogida por un pedazo de tocino (1) Cuando escaseaba el alimento para los perros, también solía matárseles con la mayor frialdad, para utilizar sus carnes. "Yo ví, dice el cronista Remesal, por mis propios ojos el tajo donde un encomendero de Chiapas degollaba los indios para dar á los perros." (2)

La tiranía de los españoles se hizo tan insufrible, que como lo veremos adelante, los indios no se juntaban con sus mujeres, por no dar más esclavos, y la muerte llegó á ser la aspiración suprema de la mayor parte de ellos. (3)

(1) Herrera—*Décalogus de Indius*.

(2) Remesal, libro VI, capítulo XXI, citados por Peláez en sus *Memorias*, tomo III, capítulo VI.

(3) Triste fué que aquellos bosques inmensos, perfumados aún con el aliento de Dios, que aquellos astros lucientes como el ama-

Cuando algún indio iba al patíbulo, solían acercársele los sacerdotes, ayudándolo con exhortaciones católicas, en ese supremo trance; pero negábase casi siempre á recibir todo auxilio espiritual, por tal, decía, de no encontrarse en el cielo con españoles de ninguna clase.

América fué sin duda alguna, para los conquistadores, algo como el fantástico país de Jauja.

Ya hemos visto como se conducían en lo privado. En lo público, amparados con reales privilegios, los particulares fundaban ciudades, asumían la jurisdicción civil y criminal, nombraban los empleados del municipio, concedían terrenos á los que se establecían dentro del círculo de sus dominios, y se constituían en verdaderos señores de horca y picota, viviendo como reyezuelos absolutos.

Los altos funcionarios á su vez dábanse con mayor razón toda la importancia de verdaderos monarcas conquistadores. Escoltábanlos peones y ginetes, hacíanse preseder de banderas, extendían su jurisdicción hasta las comarcas no exploradas, y su grande é inmenso poder no encontraba límite sino en las Audiencias, que solían ponerse de acuerdo con los mismos funcionarios.

necer de la primera luz sobre el caos, que aquellos ríos serenos, azúles y perfumados, que aquel suelo hermoso, semejante á la cuna de flores donde la humanidad naciente durmió el sueño de la inocencia, que el mundo albergue de tantas maravillas, nuevo paraíso del hombre regenerado, presenciase tantas y tan grandes catástrofes, que ponen horror en el corazón, lágrimas en los ojos; pero el pueblo que haya llegado á la conquista sin producir esos males, levántese y dígalo al mundo y entonces confesaremos que nos hemos exentado, por nuestra crueldad, de la común ley á que se hallan sometidas las sociedades humanas—(Don Emilio Caste-
lar, en *La América* de 8 de marzo de 1857.)

El celo del Gobierno español no consintió nunca, por otra parte, en permitir que las colonias se gobernasen por sus hijos. Los gobernadores ó virreyes debían ser enviados de España y tenían prohibición de adquirir propiedad de ningún género y de contraer parentesco con indígenas, para alejar así de ellos el que tomasen amor al suelo y á sus habitantes primitivos.

El clero católico, que atendida su misión de paz, pudo servir para suavizar el yugo colonial, fué con muy contadas excepciones otro terrible azote para las colonias. Los clérigos que en aquel entonces recorrían el Nuevo-Mundo, no se distinguían por la fe y cristiano ardor que exige el Evangelio. Deseosos por el contrario de quebrantar las cadenas á que los sujetaba su regla y saltando sobre el voto de pobreza, gran número de frailes se trasladó á las colonias con la esperanza de gozar una existencia libre y holgada y encontrar satisfacción á sus terrenales aspiraciones.

Carlos V de Alemania y I^o de España ocupaba el trono de Castilla en los años en que se realizó la conquista y colonización de Centro-América.

Aquel monarca pagaba tributo á las ideas de su época sobre economía política, y no se ocupó en las colonias más que de sacar recursos con que sostener los crecidos gastos de sus continuadas guerras.

Él fué quien impuso la renombrada *Alcabala*, tasa, que comenzando por exigir el 5% sobre todas las ventas al por mayor, concluyó por el catorce; y luego, siendo insuficiente contribución, introdujo el papel sellado, fijó impuestos á la pólvora, al plomo, á los naipes, y obligó á usar la bula de la Santa Cruzada, por la que cada uno pagaba cada dos años una cantidad mayor ó menor según su posición ó fortuna.

Consecuente con su teoría, de que sólo el oro cons-

tituía la riqueza, el gobierno español prohibió en las Américas el cultivo de la vid, del olivo y de otros productos, con objeto de que las colonias tuvieran forzosamente que tomarlos de la madre patria á trueque de sus metales.

Dos escuadras llamadas, de los *galeones* una, y de la *flota* la otra, hacían viajes periódicos cada año; pero circunscrito el número de toneladas que podían cargar á sólo veintisiete mil y quinientas, las necesidades del Nuevo Mundo, que carecían de toda otra comunicación, no se veían nunca satisfechas, y los productos, que se vendían tan luego llegaban, eran pagados á un precio verdaderamente fabuloso.

Los naturales que no estaban en encomienda se hallaban, además, sujetos á la *mitud* ó *mandamiento*, repugnante contribución de sangre que todos debían prestar desde los 18 hasta los 50 años.

En virtud de ella se les llevaba forzosamente á dar seis meses de trabajo á las minas, en donde se les retribuía con un pequeño sueldo imaginario casi siempre. “Los infelices, dice Cesar Cantú, que iban á estos trabajos, los consideraban como mortal y disponían de todas sus cosas como si no debiesen volver, y en efecto, apenas sobrevivía la quinta parte.” En los países que no había mina, llevaban á los indios á los labores del campo, de la misma manera.

También pesaba sobre los naturales la contribución del *repartimiento*. Consistía éste en la designación forzosa que los empleados españoles hacían de objetos, trajes y vituallas importados de la madre patria, obligándolos á tomar lo peor y á precios fabulosos.

“A gente sin barba, dice un moderno escritor español, la hacían comprar navaja, á la descalza obligaban á llevar medias, á la rústica y sencilla la hacían vestir brocados; y se cuenta de cierto funcionario, que obli-

gó á sus administrados á comprar una caja de anteojos, que llevaban en la hora de la misa." (1)

España no podía tampoco inspeccionar de cerca el gobierno de sus colonias, y el fanatismo y la ignorancia de que se valieron las autoridades españolas, para poder mantener sujetas sus remotas posesiones, se arraigaron de tal manera, que todavía en la actualidad son una rémora para el progreso de los países de la América Latina.

"La edad de los conquistadores, ha dicho con mucha justicia un respetable escritor eclesiástico, tuvo sus leyes particulares propias de aquella época. *Derecho de guerra*: la invasión del país, asalto de sus habitantes, cautiverio y esclavitud. *Derecho civil*: la marca de los esclavos, la confiscación de sus bienes, el tributo, la servidumbre y relegación. *Leyes penales*: la esclavitud, el asesinato, la hoguera. Leyes que tuvieron su cuna en la Española, que se extendieron á las partes descubiertas en las Indias, que temprano se aplicaron á Guatemala, rigiendo en su descubrimiento, conquista, colonización y despoblación, y á las cuales añadieron algo propio suyo los conquistadores." (2)

De los horrores de la conquista de América, que la historia consigna en fuerza de un deber ineludible, se ha procurado hacer un cargo especial, una especie de caballo de batalla contra el pueblo español, á quien se presenta como excepcionalmente monstruoso. Esos horrores, sin embargo, no corresponden en absoluto á la Nación castellana, sino más bien á la época en que se verificaron, en la que cualesquiera de las otras naciones europeas que hubiera venido á América no

(1) Don José de Comas—*Las colonias españolas*.

(2) Peláez.—*Memorias*.

habría sido menos cruel, ni menos abusiva que España.

“Los anales de la historia política del siglo XVI, dice un historiador francés (1), debían ser trazados en caracteres de sangre, pues nunca las crueldades, los homicidios, los atentados, habían sido tan multiplicados y terribles; nunca los reyes y los papas habían cometido tantas atrocidades; y parecía verdaderamente que los opresores de los pueblos en esta época, pontífices ó soberanos, sacerdotes ó nobles, monges ó soldados, se habían desafiado en sobrepujarse los unos á los otros, asesinando millones de hombres, violando millares de mujeres, incendiando ciudades y cubriendo reinos enteros de desastres. En Italia reinaba un Julio II, un León X, un Pío V y un Gregorio XIII; en España un Carlos V y un Felipe II; en Alemania un Maximiliano II y un Rodolfo II; en Inglaterra un Enrique VIII y una María la Católica; en Francia un Francisco I, un Carlos IX y un Enrique III; todos déspotas sanguinarios, todos monarcas escandalosos é insolentes, todos implacables tiranos, azotes de las naciones que tenían la desgracia de estar sometidas á su execrable dominio.”

Ese cuadro sombrío y aterrador de Europa, trazado á grandes rasgos por la diestra pluma del escritor francés, indica claramente cuál era el estado del Viejo-Mundo, donde existía el foco de la civilización del siglo décimo sexto, y lo que podía esperar América, indefensa, candorosa y rica, en manos de los aventureros de cualesquiera de las naciones europeas.

La primera autoridad política y militar de Centro-América, cuando más tarde se organizó el Reino de Guatemala, era un Gobernador y Capitán General,

(1) Mauricio La Châtre—*Historia de los Papas y los Reyes.*

nombrado por el Rey de España é inmediatamente sujeto al Consejo Superior de Indias de Madrid.

Se dividía políticamente el Reino en seis provincias; Chiapas, Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa-Rica. Cada una de ellas estaba á cargo de un gobernador, con excepción de Guatemala que no lo tenía particular por ser la residencia del Capitán General.

Las provincias se dividían en alcaldías mayores ó corregimientos, y los funcionarios que los servían eran nombrados también en España

CAPÍTULO IX

Organización de Nicaragua

Prisión de Diego López de Salcedo—Entrada de Pedrarias á León—Proceso de Salcedo—Convenio con Pedrarias—Obtiene su libertad y regresa á Honduras—Es enviado Martín Estete á reconocer el río del Desaguadero—Crueldades con los indios—Se regresa Estete del pueblo de Voto—Es enviado Rojas á poblar las minas de Choloteca—Envíase después Martín Estete, á quien se dió el hierro real para que marcase á los indios—Ejecución de diez y ocho caciques—Administración de Pedrarias—Envía á Estete á Cuscatlán—Disputa con Castañeda—Actitud y conducta del clero español.

En el capítulo VII dejamos á Pedrarias nombrado gobernador de Nicaragua y en camino para esta Provincia.

Tan luego se tuvo en León noticia del nuevo nombramiento, los regidores y demás oficiales públicos que estaban fastidiados de soportar la dura coyunda de Diego López de Salcedo, se amotinaron y lo redujeron á prisión, impidiéndole de esta manera que se opusiese á la entrada de Pedrarias y se llevasen á efecto las providencias que con tal fin había tomado en los puertos, situando fuerzas para que no lo dejaran desembarcar.

Poco después el 24 de marzo de 1528, verificó su entrada á León el nuevo gobernador, y no hay para qué decir, que se le recibió con la misma alegría y entusiasmo con que en todas partes se saluda el sol naciente.

Uno de los primeros actos de Pedrarias fué mandar procesar á Salcedo por haber ejercido el gobierno de la Provincia sin autorización real, por perjuicios erogados á los vecinos y por las órdenes que había dado para que no se le permitiera desembarcar.

La prisión á que lo redujo, sin embargo, no fué formal porque se le arrestó bajo su palabra de honor; pero habiéndola quebrantado se le exigió fianza, y como no pudo darla, se le puso preso bajo custodia.

Salcedo protestaba contra los procedimientos de Pedrarias por los males que con su ausencia se causaba á la Gobernación de Honduras y pedía que si se le residenciaba fuese pronto, para que no sufriera perjuicio el buen servicio del Rey. También se defendía de los cargos de usurpación de autoridad, alegando que había llegado tan solamente por restablecer la tranquilidad de los pueblos, perturbada por los capitanes enviados para su conquista.

A los cargos anteriores contra Salcedo, vinieron á unirse los de los vecinos de Bruselas que reclamaban el valor de los daños causados; pero por fin después de siete meses de prisión, logró celebrar un arreglo con Pedrarias, por el cual reconoció como límites entre Honduras y Nicaragua los que se le señalaron, pagó veinte mil pesos de multa, se comprometió á volver á dar residencia siempre que el Rey lo ordenase é hizo algunas otras concesiones.

En virtud del Convenio celebrado, Diego López de Salcedo fué puesto en libertad y aún se le dió una guardia de 40 hombres para que lo acompañara á Honduras.

Entre las instrucciones recibidas de España se daba encargo especial al nuevo gobernador para que buscara con todo empeño el desaguadero del lago de Cocibolca, por lo que Pedrarias dispuso en 1529 que

Martín Estete á la cabeza de 150 hombres procediera á practicar un reconocimiento.

En la expedición iba un gran número de indios conduciendo el tren de boca y guerra y sujetos del cuello por una cadena para que no se desertaran. Sucedió que uno de aquellos infelices, abrumado de fatiga y lastimado de un pie no pudo seguir caminando; y para evitarse del trabajo de romper la argolla, los soldados prefirieron cortarle la cabeza. Este acto de refinada barbarie y otras muchas crueldades que se cometieron con los desgraciados indios eran mirados por Estete con fría indiferencia y muchas veces con gusto, porque como hemos dicho antes, se estimaba en menos que la de un animal la vida de los naturales de América. (1)

Estete, nacido más para escriba que para soldado, se detuvo en el pueblo de *Voto* situado en la margen derecha del río Pocosol; pero desembarcó aquí y recorrió las márgenes derechas del río San Juan, llegando hasta la Provincia de *Suerre* (Boca del río Pacuare) en el mar del Norte. Acompañábanle por fortuna los capitanes Gabriel de Rojas, Diego de Castañeda, el Bachiller Francisco Pérez de Guzmán, Hernán Sánchez de Badajoz y otros veteranos que lograron resistir á los indios, evitando que su retirada se convirtiese en un desastre y regresando á Granada sin haber logrado bajar á las bocas del buscado Desaguadero. (2)

(1) “Acaesció coxeando un judío, y sintiéndose mal dispuesto, por no abrir la cadena para sazarlo, cortarle, yendo en la misma cadena la cabeza, para sacar la collera y se hacían otras crueldades que el dicho Capitán las consentía y se holgaba de ello”— (Carta 2ª de Castañeda, atrás citada.)

(2) Los señores Milla y Ayón, siguiendo al cronista Herrera dicen que Estete y Gabriel de Rojas, para ir á descubrir el Desa-

Vista la pobreza de Nicaragua, dispuso Pedrarias, siguiendo instrucciones de la Corte, mandar poblar las minas de la Choluteca con una compañía de sesenta hombres que se confió al capitán Miguel de Rojas, la que se dedicó preferentemente á sembrar granos y hacer acopio de provisiones.

Como trascurriera mucho tiempo sin darse principio al laboreo de las minas, el Gobernador dispuso que Martín Estete pasara con más gente á poblar las minas de la Choluteca, y á fin de obtener todas las utilidades de este viaje, se le dió, de acuerdo con el Protector Diego Alvarez de Osorio, con el Tesorero Diego de la Tobilla y con el Veedor Alonso Pérez de Valer el hierro ó marca real, que estaba custodiado en una arca de tres llaves distintas que todos tres empleados manejaban separadamente, para que herrara en el camino á todos los indios libres y no libres que encontrara (1). Inútil es decir que el esbirro de Pedrarias supo corresponder dignamente este encargo.

El 16 de Junio de 1528, antes de los sucesos relacionados, presencié la plaza de León un solemne *auto de justicia*, mandado practicar por Pedrarias. Diez y

guadero, determinaron tomar el camino del Cabo de Gracias á Dios con el objeto de recorrer más tierra: que llegados á este punto encontraron buenas minas, que se dedicaron á trabajar; fundando una población que denominaron *Nueva Jaen*. Basta tomar un mapa de Nicaragua para convencerse de lo absurdo que sería tomar el camino del Cabo para llegar de Granada al río San Juan. La carta de Castañeda al Rey de España, que es un documento oficial, digno de fe, refiere la expedición de Estete tal cual está relacionada aquí. Por lo que hace á la *Nueva Jaen*, no fué fundada en esta vez sino en 1542 por el Capitán Diego de Castañeda, y se dice que estaba situada entre los ríos Tepesaguasapa y Oyate en la costa oriental del lago—(N. del A.)

(1) Castañeda, id

ocho indios principales, acusados del asesinato de sus encomenderos, fueron ejecutados en virtud de una sentencia verbal, que los condenaba á morir despedazados por los perros.

Como si se tratara de una corrida de toros, lo más escogido de la sociedad leonesa concurrió á presenciar la ejecución.

Llegada la hora se sacó á la plaza al primero de los condenados y se le dió un palo para que se defendiera de cinco ó seis perros cachorros que le echaron enseguida, para adiestrarlos. Cuando el desventurado indio después de una lucha desesperada tenía vencidos á los perros noveles, le soltaron dos de los más feroces y amaestrados, que lo despedazaron bárbaramente entre los aplausos de los espectadores. Sucesivamente fueron ejecutados de la misma manera los demás, dejándose por varios días insepultos y en la misma plaza los sangrientos despojos, para inspirar terror á los indios sobrevivientes, hasta que el vecindario se quejó de la pestilencia y hubo que quitarlos como medida de policía.

La administración de Pedrarias fué para los naturales de Nicaragua la más funesta y cruel de todas. Toleró los abusos y dejó explotar sin piedad á los desgraciados indios, á tal extremo, que el país quedó casi despoblado.

Según el cronista español Oviedo y Valdés, no bajaron de dos millones los indios que sacó Pedrarias de Castilla del Oro y Nicaragua, á vender como esclavos en otras partes, sin incluir los que mató que fueron incontables.

Pedrarias fué muy amigo de organizar expediciones para hacer descubrimientos y con más frecuencia para lucrar de los hechos recientemente por otros.

De Nicaragua envió á Martín de Estete á hacer co-

rrierías por el reino de Cuscatlán (San Salvador) que conquistaban los agentes de Alvarado. Estete cometió varias crueldades con los indios y redujo á esclavitud á dos mil de ellos, sin atender las protestas repetidas de las autoridades de Guatemala; pero alcanzado por fuerzas que se enviaron en pos de él, tuvo que buscar la salvación en la fuga, dejando abandonado su ejército, que devolvió lo que había tomado y se desbandó.

Durante una elección de alcaldes y de regidores en la ciudad de León, Pedrarias tuvo una pendencia con el Alcalde Mayor Francisco de Castañeda, por haberse éste opuesto á que aquel diese tales empleos á dependientes suyos, alegando estar autorizado por el Rey.

Suscitóse algún alboroto entre los parciales de ambos funcionarios y llevado el caso á la Corte, las influencias de Pedrarias inclinaron la balanza á su favor, quitándose á Castañeda, á quien se indemnizó con el empleo de Contador que tenía solicitado desde 1529, que entró á servir desde luego, y concediéndose al Gobernador que pudiera disponer de la vara de Alguacil Mayor en favor de sus herederos

Pedrarias nombró Alcaide de una de las fortalezas á su hijo Gonzalo, y habiendo solicitado permiso por dos años, se disponía á pasar á Castilla, cuando la muerte lo sorprendió el 6 de marzo de 1531 á la avanzada edad de cerca de noventa años. (1)

Aquel execrable personaje, que por donde quiera que pasó hizo señalar su huella con ríos de sangre, fué sin embargo, el que introdujo á Nicaragua crías de ganado vacuno, caballares, asnales y porcunos. In-

(1) Milla y Ayón dicen que murió en julio de 1530, lo cual no es exacto, según documentos publicados por Peralta (N. del A.)

trodujo también crías de gallina y el cultivo de la caña de azúcar, que trajo de las Antillas.

También durante la administración de Pedrarias se hicieron, aunque sin éxito, reconocimientos del río del Desaguadero ó San Juan del Norte.

La situación general de todas las colonias, en los tiempos de Pedrarias, fué por desgracia casi la misma de Nicaragua. El clero que, atendida su misión evangélica, pudo empeñarse como el Padre Las Casas, en aliviar la suerte desgraciada de los naturales, permanecía por lo regular indiferente, ocupado también en procurar su riqueza. Los sabios Jorge Juan y Antonio Ulloa, comisionados en 1735 por el Gobierno de España, para informar de los negocios de América, decían:

“Tan luego como un clérigo recibe un curato, su primer propósito es acumular riquezas sin detenerse en medios, á costa de los pobres indios, víctimas de la rapacidad de los corregidores. Forman cofradías, cada una de las cuales tiene un santo en la iglesia en su correspondiente altar, donde en un día señalado se celebra el sacrificio de la misa, por el cual recibe el cura cuatro pesos y medio, y la misma suma por el sermón en que encomia las virtudes del patrono.

“Cuando llega el día del santo, el cura barre con cuanto dinero ha podido reunir el indio durante todo el año lo mismo que con todas las aves y animales que su mujer é hijos han creado en sus chozas, de modo que queda la familia privada de alimentos, y tiene que apelar á las raíces y plantas que cultivan en sus pequeñas huertas.”

CAPÍTULO X

Las Casas y la esclavitud

Situación de los indígenas en todas las Américas—Conducta del clero—Bartolomé de Las Casas—Sentimiento caritativo que lo inspira—Despierta la piedad del clero—Estatua levantada en el Capitolio—Nacimiento y educación de Las Casas—Se ordena de sacerdote—Su primer viaje á Cuba—Se vuelve encomendero—Su salida con Narváez—Abandona las encomiendas—Sus prédicas y trabajos en favor de los indios—Viaje á España—Regresa á Santo Domingo—Vuelve de nuevo á España y se ve obligado á proponer la esclavitud africana—Confesión de Las Casas—Origen de la esclavitud en España—Vuelve á Santo Domingo el Padre Las Casas—Tercer viaje á España—Lucha con el Obispo del Darién—Proyecto de Las Casas y su fracaso—Viaje al Perú—Su contienda con el docto Sepúlveda—Es nombrado Obispo—La esclavitud negra—Horrores de ésta

La gran hecatombe de la conquista americana estaba en su apogeo.

Los naturales, despojados de lo que les pertenecía en propiedad, por una posesión no interrumpida de siglos, cazados como fieras, muertos antojadizamente ó reducidos á odiosa esclavitud, violadas sus mujeres, arrebatados sus hijos; tuvieron que apurar algo más la copa de sus amarguras, viendo llegar un día en que se les declaró excluidos de la raza humana y en que menos considerados que los animales del campo, se prefirió cortar la cabeza de uno de ellos antes que romper la miserable argolla de hierro con que lo sujetaban.

La mayor parte de los individuos del clero, tenta-

dos de la codicia, no sólo no se oponían á aquella obra de iniquidad, sino que ayudaban á ella, atentos únicamente á tomar su parte en el rico botín de los despojos.

Cuando el torrente de las malas pasiones parecía más desencadenado contra los pobres indios, cuando todo era oscuridad y sangre para ellos, de las filas de ese clero codicioso y olvidado de su misión evangélica, se destacó la noble y simpática figura de Fray Bartolomé de Las Casas, proclamando los fueros de la humanidad ultrajada en la persona de tantos desgraciados.

Aquel hombre, inspirado por un sentimiento divino, la caridad, se levantó sobre los vicios y preocupaciones de la época, y llevado de su ardiente fe, impulsado por noble y santo celo, se multiplicó, digámoslo así, é hizo esfuerzos extraordinarios que la posteridad ha consignado con gratitud en las páginas de la historia y que en su tiempo produjeron saludable reacción en favor de la raza condenada al exterminio.

Mucha parte de ese mismo clero egoísta, despertado por la tonante voz del padre Las Casas, corrió presuroso tras él á enrolarse voluntariamente en las abnegadas filas del filantrópico ejército, que así atravesaba los mares embravecidos como las más desiertas y lejanas tierras, cuando se trataba de disputar á la codicia castellana los restos sobrevivientes de los desgraciados indios.

En el Capitolio de Washington, al lado de la de Lincoln, el libertador de la raza negra en Norte-América, ha sido colocada por disposición del gran pueblo americano, la estatua de Fray Bartolomé de Las Casas; pensándose, con justicia, que la radiante figura del piadoso obispo de Chiapas, tiene que ser más grande que la de Colón, en cuyo pecho halló también cabida

el interés particular, y que las de los demás conquistadores, cuyos heroicos y extraordinarios esfuerzos aparecen oscurecidos por el mezquino sentimiento de la codicia.

Bartolomé de Las Casas nació en Sevilla en el año de 1474.

Hizo sus estudios, hasta obtener el título de Licenciado, en la famosa Universidad de Salamanca, y en seguida, en 1502, acompañó á América á don Nicolás Obando, gobernador de Santo Domingo.

Vuelto á España se ordenó de sacerdote en 1510, y en el año siguiente pasó á Cuba con el gobernador don Diego Velázquez.

El padre Las Casas le sirvió de consejero y le acompañó en todas sus correrías en la Isla, por cuyos servicios fué recompensado con una buena parte del repartimiento que se hizo de los indios.

El joven sacerdote que había ido al Nuevo-Mundo en pos de riquezas, aceptó gustoso la encomienda ó hizo sociedad con un tal Rentería, logrando buenos negocios.

Estando en Cuba salió en comisión con Pánfilo Narváez á pacificar algunos pueblos que se habían sublevado, y cuando su alma noble y generosa presenció los abusos y crueldades de los conquistadores, se interesó por los indios y se inflamó en aquel fuego santo en que se mantuvo por más de sesenta años.

En 1514 convino con Rentería en abandonar las encomiendas y consagrarse única y exclusivamente á proteger y favorecer á los indios. Rentería se quedó en la Isla y Las Casas pasó á Santo Domingo con dirección á España.

Entonces empezó á atacar con vehemencia el sistema de repartimientos, expresándose en público y en privado sin ninguna reserva contra empleados y par-

tiulares y llevando por esto la odiosidad profunda de los conquistadores.

Fray Bartolomé llegó á España, pero á pocos dias falleció el Rey don Fernando y tuvo que entenderse con el Cardenal Regente Fray Francisco Jiménez de Cisneros, que escuchó con atención sus quejas. Éstas le ocasionaron su primer disputa en la Corte con varios que se sintieron lastimados en sus intereses y que lo acusaban de exagerado; pero por fin triunfó, y obtuvo el nombramiento de tres religiosos de la orden de San Gerónimo, para que viniendo á Santo Domingo procurasen poner coto á los abusos. También se le confirió entonces el título oficial de *Protector de los indios* con cien pesos anuales de salario.

En 1517 aparece Las Casas en Santo Domingo con los tres comisionados; pero éstos corresponden mal á su misión, y Fray Bartolomé vuelve otra vez á Castilla á exponer sus quejas al joven Carlos V.

El nuevo Monarca castellano había dejado el Reino en manos de favoritos flamencos, á quienes solamente podía hablar el padre Las Casas el lenguaje de las conveniencias. Atribulado, desesperado ya de salvar de la esclavitud á la noble raza, objeto de su simpatía, propone que se aumente el número de colonos españoles y que, para evitar el exterminio de los indios, se introduzcan á las colonias esclavos negros que ayuden en las faenas de la industria.

La proposición es aceptada, y se suspende por entonces la amenaza de esclavitud para los indios; pero los enemigos de Las Casas lo acusan de inconsecuencia y dicen que él ha introducido á América la esclavitud africana, tan inicua como la que trataba de evitar.

Las Casas confiesa humildemente su error en la *Historia general de las Indias* que escribió después, sin

embargo de que no fué él quien introdujo la esclavitud africana.

En 1511, seis años antes de la proposición del padre Las Casas, los españoles obtuvieron una cédula del Monarca, por la cual se les autorizaba para llevar á las Islas algunos negros de Guinea, porque, según decían, *un negro hace más trabajo que cuatro indios*.

En 1512 y 1513 se expiden también órdenes con igual objeto á consecuencia de reclamaciones hechas por los monjes de San Francisco, con motivo de la estrechez, penuria y grandes trabajos que sufrían los indios; y finalmente, según el testimonio de Zúñiga, ya mucho antes de la conquista se conocía la esclavitud en España, una vez que Sevilla enviaba sus naves á las costas africanas para traer esclavos y robar *moros de paz* con los cuales se hacía comercio.

Sustituir una esclavitud con otra esclavitud no fué la obra del pensamiento de Las Casas. La idea de la esclavitud existía en el viejo Continente y se hallaba de acuerdo con la historia, el derecho, la costumbre y el fanatismo religioso de aquellos tiempos y con lo consignado en la cédula real de 1511.

Lo que hizo Fray Bartolomé, fué darle mayor impulso llevado, no por la idea de sustituir una esclavitud con otra, como se ha querido decir, sino por la de dar algún reposo á los indios.

A fines de 1517 volvió el padre Las Casas á Santo Domingo. Los frailes Gerónimos regresaban á España, y no habiendo mejorado en nada la condición de sus protegidos, emprende nuevo viaje decidido á continuar defendiendo ante el Monarca la causa de los indios.

En su tercer viaje tuvo ya que luchar el infatigable apóstol con altas dignidades eclesiásticas.

El Obispo del Darién, don Juan de Quevedo, hacía

también viaje extraordinario para pedir al Rey, en nombre de mucha parte del clero, la esclavitud de los indios, fundándose en que siendo la idolatría patrimonio del diablo, los idólatras debían serlo de los cristianos.

Carlos V citó á ambos contendientes para una conferencia pública en la Corte, á su presencia y á la del Consejo.

Habló largamente el Obispo, demostrando su inhumana teoría; pero Las Casas le contestó con elocuencia tan conmovedora y persuasiva, que lo venció y obtuvo del Monarca el permiso que solicitaba para ensayar en determinado punto la colonización pacífica, recibiendo hombres y recursos para poner en práctica su filantrópico proyecto.

Desazonado y afligido con el fracaso posterior de su ensayo, Las Casas se retiró al convento de los dominicos en Santo Domingo y tomó el hábito de la orden en 1523.

Continuó entonces sus trabajos apostólicos con el mismo celo, escribiendo en los momentos de reposo, su célebre *Historia general de las Indias*.

En 1530 lo vemos en el Perú disputando los indios á Pizarro y Almagro; en 1534 en Nicaragua oponiéndose á las arbitrariedades de Contreras; llega después á Guatemála, á Chiapas, á España, á todás partes en que era necesaria su presencia para salvar de la esclavitud á los indios.

El docto Sepúlveda, publica una obra contra los indios, y Las Casas contesta rebatiéndolo. El Emperador ordena una controversia pública en Valladolid en 1530, ante teólogos y jurisconsultos notables, y Las Casas concurre á ella y vence á tan sabio adversario.

La actividad y celo del padre Las Casas nunca menguaron. Catorce veces atravesó el Atlántico en frá-

giles naves, desafiando las tempestades y peligros, millares de ocasiones hizo resonar la voz de su elocuencia en la tribuna, escribió libros y folletos en latín y en español, formó poemas religiosos en las lenguas americanas, y casi no hay episodio en la conquista en que no se le vea interviniendo en auxilio de sus protegidos.

Las Casas renunció el obispado de Cusco y aceptó más tarde el de Chiapas, por amor á los indios; y por último, después de renunciar también éste y de una dilatada existencia, murió en España en 1556 á los noventa y dos años de edad.

La raza americana le debe su libertad; pero esa libertad indudablemente sirvió para remachar más las cadenas de la raza negra.

Alumbrada la mente del codicioso Carlos V, y teniendo como siempre necesidad de dinero, vendió á los flamencos el privilegio de enviar negros á las colonias españolas y éstos á su vez lo traspasaron á los genoveses por veinticinco mil ducados.

Justificado el bárbaro tráfico con el respetable nombre de Las Casas, fué tomando incremento hasta generalizarse en Europa.

En 1532 los españoles recobraron el monopolio que antes habían cedido á los flamencos.

Felipe II, en 1580, lo cedió á una compañía genovesa, que realizó grandes ganancias; Felipe V lo concedió por doce años á los franceses, y la Gran Bretaña en la paz de Utrech, reclamó el monopolio por treinta años.

Los infelices negros vendidos á los europeos por sus propios jefes y reyezuelos, eran atados con cuerdas y conducidos á la costa, llevando un palo que cargaban en el hombro del que iba adelante ó impedía que el de atrás se le acercase.

Eran encajonados en buques contruidos expresamente y que levaban el ancla tan luego soplabá buena brisa.

Desnudos completamente, hambrientos, revueltos y amontonados al fondo de una cala, donde ni siquiera se les concedía el aire que necesitaba su pobre y miserable existencia, llegaban al Ecuador, cuyas latitudes agravaban su situación, enviándoles toda clase de enfermedades, de las que gran parte concluían con la muerte.

A veces, faltó el buque de provisiones, sobreviniendo la calma y no teniendo con qué alimentarse, se les arrojaba al mar; otras, arreciando la tempestad y queriendo aligerar el cargamento, los tomaban por docenas y los echaban vivos al fondo de los mares, y otras, en fin, las viruelas se anticipaban á la erpelidad del europeo enviándoles una terrible y triste muerte.

Los que llegaban convertidos en vacilantes y tristes esqueletos eran bien alimentados, y cuando presentaban buen aspecto, se les rapaba y sellaba y se vendían en los mercados como cualquier otro objeto.

Los colonos, cuyos sentimientos de piedad hemos tenido ya ocasión de conocer en su trato con los indios, dueños y señores de la vida de sus esclavos, los trabajaban día y noche y los trataban como á bien tenían, sin que hubiera nadie que se interesara por ellos.

La estadística moderna ha calculado que en un solo siglo se arrebataron á las costas de Africa quince millones de esclavos.